



ayeshaliteratura.com

Santiago Carlos Oves

Buenos Aires 2213

© **Santiago Carlos Oves**, 2002

© **Ayeshaliteratura.com**, 2002 (de esta edición como libro electrónico)

www.ayeshaliteratura.com

Diseño de portada: **Hernán Diego Montero Basile** (hernanbasile@geo-strategy.com)

Diseño integral: **Hernán Diego Montero Basile** (hernanbasile@geo-strategy.com)

La presente edición fue corregida por el autor.

Prohibida la reproducción total o parcial por ningún medio sin el permiso previo por escrito del autor o de ayeshaliteratura.com

Esta edición electrónica se terminó de convertir en ceros y unos virtuales el 7 de julio de 2002, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Argentina.

Buenos Aires 2213

SANTIAGO CARLOS OVES

*Que eso sea. Fecundaos. Que esta agua parta, se vacíe.
Que la tierra nazca, se anime, dijeron.
Que la germinación se haga, que el alba se haga en el cielo, en la
tierra, porque no tendremos ni adoración, ni manifestación por
nuestros contruidos, nuestros formados, hasta que nazca el hombre
contruido, el hombre formado.*

Popol-Vuh

*Pero la grandeza del hombre está precisamente
en querer mejorar lo que es.*

Alejo Carpentier
(El reino de este mundo)

A principios del año 2213 Buenos Aires era una ciudad abandonada y en ruinas. Una ventosa gigante que la había protegido de los desastres climáticos, estaba prácticamente destruida. Los últimos pobladores habían emigrado a otras ciudades impulsados por los galernos y las inundaciones que cada vez con más frecuencia asolaban toda la zona.

Después de transcurrido un siglo no se sabía a ciencia cierta qué había sucedido realmente. Sólo las conjeturas eran las que rodeaban el misterio de su desaparición. Los últimos sobrevivientes ya estaban muy viejos y cuando intentaban memorizar sus vivencias eran ganados por la melancolía y la nostalgia y terminaban con un llanto lastimoso que les impedía seguir hablando.

A principios del siglo veintitrés, la enigmática desaparición de Buenos Aires se convirtió en una obsesión para los estudiosos que llegaron a compararla con el

abandono de Tenochtitlán por parte de los Aztecas. El auge por la recuperación de la memoria invadió todas las redes de información y despertó el interés general. Fue a partir de esto que se presentaron los primeros voluntarios para hacer una investigación in situ. Algunos pertenecían a la Ciudad Sumergida que se encontraba a unos quinientos cincuenta kilómetros mar adentro de donde estaba ubicada Buenos Aires. Se trataba de un trabajo difícil y arriesgado, ya que la zona que había que recorrer siempre estaba amenazada por inclemencias climáticas devastadoras. Sin embargo, la necesidad de rescatar algo de la memoria perdida, ejerció en esos hombres un atractivo incontenible.

TRAFICO DE SUEÑOS

Año 2213, quinto día del décimo mes, Buenos Aires.

Esta vez voy a registrar mis impresiones con palabras escritas a la manera de un cuaderno de bitácora. Es algo personal que haré al margen de lo específico de esta misión. Voy a grabar las imágenes pero sin editarlas; el tiempo que me sobre lo voy a usar para escribir. Para eso me traje esta vieja notebook y me tomé el trabajo de configurarla de acuerdo a las necesidades que previne para este viaje; en los seis anteriores no lo hice y cada vez que regresaba me arrepentía y terminaba prometiéndome que en el próximo lo iba a hacer y no sé si por una falta de voluntad o qué, lo omití hasta ahora. Bueno, definitivamente éste es “el próximo viaje” y cumplí. El solo hecho de grabar con mi cámara las imágenes de lo que observo a mi alrededor, se me ocurre, no basta. No se trata de que un sistema es mejor que el otro; es que escribiendo, siento que cumplo con una tarea diferente; es como si le escribiera a alguien: creo que a mí, pero para

más adelante. Seguramente con el tiempo yo seré otro, aunque también voy a ser el mismo; quiero decir que voy a leer ésto que escribo de una manera distinta, con la madurez que da el tiempo transcurrido y la distancia. Cuando me aceptaron para realizar esta tarea, si bien me lo advirtieron, no llegué a medir la verdadera dimensión de esta soledad y lo que implica caminar por este territorio tan deteriorado, donde tengo que esquivar pedazos de metales oxidados, desperdicios químicos, pisar el musgo resbaloso que dejaron las inundaciones, hurgar entre este cúmulo interminable de escombros en el que hundo mis botas a cada paso. Tengo más de dos meses por delante hasta que vuelvan a buscarme y debo seleccionar y recoger material suficiente para la investigación que me encomendaron.

Ayer sin ir más lejos, fue un día positivo para mi trabajo. Entre otras cosas muy valiosas, encontré en lo que quedó de un edificio de apartamentos unas notas manuscritas. En un mueble destrozado había un cajón y en él, además de otros

utensilios que ya detallé en imágenes, estaban unos papeles amarillentos con manchas de humedad, con escritura manuscrita de rasgo fino de color azul, probablemente hecha con un elemento llamado *biroma o birome* que se usó hasta el 2040 aproximadamente. Voy a tratar de transcribirlas textualmente para poder estudiarlas más tarde. Al principio tiene una cita de Jorge Luis Borges que dice: *“Entonces descendió a su memoria, que pareció interminable y logró de aquel vértigo el recuerdo perdido que relució como una moneda en la lluvia, acaso porque nunca lo había mirado. Salvo, en un sueño”*. Más abajo hay un renglón de escritura borroneada por la humedad imposible de descifrar sin un detector de rasgos, y en el próximo renglón empieza a leerse lo siguiente: “Ya había pasado un año, y con el sobrante de mis asignaciones me alcanzaba como para ir y comprarlo. Fue en realidad un pequeño sacrificio; desde que me habían ascendido mis asignaciones aumentaron y mi economía mejoró. Lo único que hice fue distraerme menos; dejé de jugar el diez por

ciento de los *gamerths** que consumía habitualmente y con eso obtuve el sobrante sin despertar ninguna sospecha. También comencé a mirar con menos frecuencia televisión, y así poder acostumbrarme a dormir un poco sin que se notara. Lo hice solo, sin confesárselo a mi Doctor, sin decirselo a nadie. Fue mi voluntad y mi secreto.

Mi padre me contó que el padre del abuelo de su padre había tenido un sueño con un monstruo. Según mi padre, en aquellos tiempos, los hombres no habían dejado de soñar ni dormir. Alguien, un *older*** que encontré muchas veces vagando después de que mi grupo de tareas se hiciera cargo de la demolición del último de los antiguos edificios, me habló de la venta clandestina de *pastosueños*. Se aprovechó de cierta confianza que le había propiciado, y me lo confesó como si se tratase de una retribución por el favor de haberle dirigido la palabra. Tuve la intención de denunciarlo, pero sentí algo que me inspiran todos los *olders*: pena.

* Los *gamerths* parecen ser una especie de juegos de azar, cosa que no puedo

No sé por qué lo escuché. Tampoco sé por qué me eligió a mí. Empezó por asegurarme que los pastsueños eran la esencia de la vida porque en ellos se habían condensado todos los sueños de todos los tiempos. Le pregunté si también estaban incluidos los sueños de monstruos. Me miró en silencio y luego, agravando el tono de su voz, me dijo que los sueños y la memoria tenían el mismo origen. No entendí lo que me quería decir con eso y me dispuse a interrogarlo, pero inmediatamente agregó, interrumpiéndome, que sí, que los monstruos eran una especialidad de los pastsueños...*

Con las palabras de aquel older nació algo que aún no puedo explicar.

Lo cierto es que mi voluntad se había debilitado. Aquello había despertado mi curiosidad y con ella apareció el deseo irresistible de ceder...

confirmar por el momento.

** Así se denominaba a la gente mayor, a lo que nosotros hoy llamamos *vetustos*.

* Voy a dejar espacios en blanco porque la humedad borroneó la escritura.

Compré mi pastsueño en un oscuro recoveco del abandonado subterráneo que está debajo de la Avenida 9 de Julio. Nunca había pisado un lugar así. Jamás me hubiera imaginado que existiera en Buenos Aires zonas tan sucias y pobladas por tantos deadhs*. Mientras avanzaban por aquel laberinto penumbroso el olor se hacía cada vez más insoportable, y cada tanto tenía que contener la sensación de náusea; una muy parecida a la que sentí la primera vez que volé alrededor de la tierra.

Finalmente llegué al lugar que me había indicado el older, y me encontré con un deadh que desde las sombras me extendía su mano con un microdiscroom que tomé después de ofrecer mi pago.

Cuando volvía miré aquella lámina diminuta, y comprobé que el título estaba grabado desprolijamente con una vieja computer. *El Monstruo*, decía. Si bien era lo que yo había pedido tenía toda la impresión de que me habían timado;

* En mi recorrida por los subterráneos descubrí zonas abarrotadas con materiales

impresión que no cesó cuando llegué a mi apartamento y que continuó hasta el preciso momento en que conecté mi pastsueño.

Me costó un tiempo acostumbrarme. En realidad mi pastsueño apareció desde el primer día, pero cuando me despertaba no podía recordarlo. Me resultaba muy difícil incorporarlo como recuerdo, pero nunca me invadió la desesperanza ni el deseo de abandonarlo. Al contrario, cada noche obtenía una parte que agregaba a las otras y así pude hacerlo totalmente mío.

Era un bosque de árboles altos. El sol se filtraba entre las ramas, pero el lugar permanecía algo oscuro. El suelo estaba cubierto por hojas secas que crujían a medida que avanzaba. Sentado en un tronco caído estaba triste, un hombre monstruoso, alto, pálido. Me miró como si me esperara. Se presentó con el nombre de Boris Karloff, y me dijo que en un tiempo lejano lo había creado una especie de biólogo

llamado Frankenstein. Que aquel biólogo tenía la teoría de crear vida de los muertos, y que él había sido el resultado de los injertos de aproximadamente treinta mil cadáveres. Que muchos de los muertos que estaban en su piel habían sido torturados con electricidad en la boca, en las encías, en los genitales, mientras que otros habían sido encapuchados, molidos a palos y limpiados hasta perder el nombre e imponerles el olvido. Que cada tanto extraía de su cuerpo alguna bala olvidada que aún le causaba dolor; igual que cuando descubría una nueva cicatriz e intentaba acariciarla. Y mientras el monstruo hablaba, yo permanecía en silencio. Después, cuando se callaba la lejanía se metía en sus ojos y así se quedaba durante un buen rato. A mí no se me ocurría otra cosa que preguntar por qué. Entonces me despertaba. Esto me pasó durante setenta y siete días. Intrigado, casi desesperado por lo que movilizaba en mí aquel pastsueño,

apelé a la discreción de mi Doctor. Pero fue inútil; terminé por ser denunciado.

La pena que me cabía por la tenencia de pastsueños era leve, pero las cosas se me complicaron inexplicablemente. Cuando me dirigí con las autoridades a señalar al older que me había iniciado, éste aún deambulaba por las ruinas del antiguo edificio. Al vernos, empezó a huir con tanta mala suerte que el piso mal apuntalado cedió y fue a parar por una grieta al subsuelo cayendo de cabeza contra la figura de la espada y la balanza que antes colgaba cerca del frontispicio. El older murió en el acto. Cuando llegamos al hueco y lo observamos, a mí se me metió en los ojos el polvo de los escombros y empecé a lagrimear. Las autoridades se confundieron; llegaron a creer que estaba llorando.

Intenté explicar tres veces que no era llanto; que yo no lloraba, que no había llorado nunca. Terminaron por

condenarme porque a ninguno de los que estaban conmigo les había pasado lo mismo.

En mi encierro no hago más que soñar. Oigo cada noche el relato de Boris Karloff y cuando termina, después del acostumbrado silencio, se me ocurre preguntarle por qué no puedo llorar, y él me mira con los ojos mojados sin decirme nada...”

Aquí termina. Desconozco los datos personales del autor y siento que no es el momento propicio para una interpretación del contenido, ya que me quedan una infinidad de interrogantes que trataré de develar una vez que regrese. Creo que tengo elementos de juicio suficientes. Sin embargo hay algo que me preocupa; aunque ya averigüé que Frankenstein es un personaje de ficción creado por una escritora llamada Mary Shelley, por ahora no encuentro datos precisos sobre la identidad de Boris Karloff.

LA LEY NATURAL

Año 2213, octavo día del décimo mes, Buenos Aires

Entre tantas cosas sin importancia, encontré algo que confirma mi sospecha de que los *gamerths* eran juegos de azar. Según un informe que está grabado en un minidrom, que apareció mientras escrutaba unos objetos en las ruinas de lo que parece ser el edificio público de la beneficencia, en una época había *Casas de Gamerths*. Se inauguraron un tiempo después de superar la peste goda que trajo la última creciente del Río de la Plata. Estamos hablando del año 2043. Existían mil doscientas treinta y dos combinaciones permitidas. Como el azar había pasado a ser una de las pautas fundamentales de una ley, llamada Ley Natural, aprobada por el Concejo, todos los habitantes se volcaron masivamente a las apuestas. Según el autor del informe, en aquel tiempo, todavía servían las vestimentas polarizadas. Y nos sigue diciendo textualmente: "Por eso nos animábamos a salir unas horas antes de que se escondiera el sol para ir a los

gamerths más temprano. No era como ahora que después de pasar toda la noche deambulando por ahí tenemos que resguardarnos del amanecer en los refugios hasta que las sirenas nos anuncien la desaparición de la luz diurna.”

Siguiendo lo que me dice el informe, parece que los gamerths de aquel entonces se basaban en un sistema simple: todo dependía de la numeración correspondiente a la identificación de cada apostador. Como la Ley Natural dictaminaba que *uno gana porque otro pierde*, se interpretó que primero debía salir sorteado el que ganaba e inmediatamente después el que perdía; que el ganador podía seguir jugando gratis y que el perdedor debía hacerse cargo de la apuesta siguiente de aquel, además de la suya.

Así fue como se reprodujeron las cadenas de apostadores. A la vez que un ganador podía establecer una apuesta con otro, los perdedores podían hacerlo entre ellos. También lo hacía un perdedor de una cadena con el ganador de otra. Esto hizo que el sistema se complicara y diera como resultado infinitas

combinaciones. Al principio fue así, pero finalmente el Concejo terminó por permitir mil doscientas treinta y dos; más le resultaba incontrolable.

Según nos dice el autor del informe “cuando pudimos contener la creciente del Río y terminamos los trabajos de reconstrucción de Buenos Aires, la mayoría de nosotros quedamos inactivos. Las asignaciones por desempleo rendían mucho más que ahora. Es que éramos menos para repartir; la peste se había llevado a muchos. Los gamerths, después de todo, servían para alentarnos y mantenernos distraídos frente a la inactividad. Fue entonces cuando la numeración de nuestra identificación pasó a tener más valor que nuestro propio nombre; se convirtió en el fundamento biodinámico de nuestra *carpe diem* (expresión jurídica derivada de la Ley Natural muy en boga durante aquel período)*. Sin embargo, comenzaron a aparecer síntomas adversos que al no ser modificados a tiempo tornaron la situación de normal a

inquietante. La desproporción entre ganadores y perdedores crecía a un ritmo progresivo. La mayoría de nosotros terminábamos perjudicados. Yo llegué a perder once de mis apuestas por cada una que ganaba. Poco a poco fui dejando de ir a los gamerths, hasta que me vi forzado a abstenerme. Aquella decisión coincidió con lo que se conoció como *temporada depresiva*, la cual trajo como consecuencia el cierre paulatino de las casas de gamerths por falta de apostadores como yo.

Pero como la inactividad continuó acosándonos, el Concejo no tardó en lanzar los gamerths nuevamente. Lo hizo a raíz de la enmienda que sufrió la Ley Natural, la que modificó su dictamen anterior por otro que decía *uno gana porque muchos pierden*. Esa vez se suprimieron los números; fueron remplazados por letras. El sistema, comparado con el anterior, aparecía como más simple. Se fundaba en la obtención de letras con las que el participante debía

* La aclaración es mía. Descubrí la expresión “carpe diem” en un almanaque que

completar su nombre, el cual de esta manera recuperaba su antiguo valor. Las letras venían distribuidas en los alimentos, en algunos medicamentos como el Interferón y en los estimulantes vegetales. Una vez que uno completaba su nombre lo canjeaba por un ideograma único y personal con el que obtenía el derecho a participar en el sorteo anual del cual surgía un solo ganador, quien así se aseguraba el resto de su vida sin apremios económicos.

Dicho de esta manera el asunto parecía sencillo. Pero una vez que todo se puso en marcha comenzaron a originarse complicaciones que se transformaron en problemas insolubles. Había letras muy difíciles de conseguir; la *a* por ejemplo. Esto favoreció un subcomercio de letras faltantes que terminó por desvirtuar el objetivo por el cual la Ley Natural nos convocaba; éramos muchos más los que nos dedicábamos a la transacción de letras que a los *gamerths* en sí.

Por otro lado, los alimentos y el Interferón empezaron a escasear por exceso de demanda. Esto provocó aumentos en los precios y la consecuente merma de participantes. El consumo de estimulantes vegetales creció pero a la vez produjo una situación contradictoria. Empezaron a registrarse altos índices de adicción al mismo tiempo que el interés por los gamerths bajaba.

Después continuó con lo que todos veníamos previendo. Como pasaron dos años y no hubieron ganadores, el Concejo se abocó a una nueva enmienda de la Ley Natural y modificó su dictamen anterior: *nadie gana porque ninguno pierde* promulgó, al mismo tiempo que se declaraba el *estado de inopia* para tratar de sanear la crisis de inactividad que aún estamos soportando.

Ahora los gamerths son clandestinos. Se cuenta que algunos apuestan hasta su vida, pero como ignoro el sistema porque no participo desde la última enmienda, no he podido comprobarlo por el momento. También dicen que el

Concejo hace la vista gorda porque muchos de sus miembros están involucrados. Creo que ésto no va más allá de ser una suposición, pero lo cierto es que no se hace nada por desbaratar la red ilegal que los mantiene vigentes.

Los días en el refugio son largos. Nos miramos unos a los otros y el silencio ha pasado a ser una costumbre. Voy sintiendo la edad como nunca la había sentido. Hace rato que sé que los gamerths fueron y son un engaño; pero no encuentro la manera de decírselo a los otros. Lo que más me mortifica es sospechar que los otros también lo saben...”

La voz del autor del informe se calla sugestivamente. Uno puede presumir que mantuvo el aparato sin desconectar durante un largo tiempo. También había junto a este minicrom un libro encuadernado a la manera antigua. Se trata de *Mi último suspiro* y el autor es Luis Buñuel y tiene más de diez páginas arrancadas. También hay un párrafo resaltado con pintura fosfórica: *La memoria es invadida constantemente por la imaginación y el ensueño y, puesto que existe la*

tentación de creer en la realidad de lo imaginario, acabamos por hacer una verdad de nuestra mentira.

Lo raro es que Luis Buñuel escribía con imágenes, y en este caso lo hizo con palabras.

MARCHAS CIRCULARES

Año 2213, vigésimo día del décimo mes, Buenos Aires.

Estos días fueron agotadores. Apenas pude descansar unas horas y lo hice porque mi dolor lumbar así me lo indicaba. Sé que debo cuidar mi cuerpo y especialmente el interior de él; del interior emana la fortaleza. Así lo aconseja el tao te king.

El tao fue redescubierto hace unos cien años, exactamente noventa y ocho. Inexplicablemente había caído en el olvido. A mí me resulta útil porque casi siempre sus palabras me reconfortan.

La cosa es que he recorrido mucho esta ciudad y noté que hay zonas totalmente sepultadas. Hay un barro amarillento que cubre grandes extensiones dándole al paisaje un aspecto aún más desolador. Aunque no es mi tarea la de describir topografías, se me hace imposible sustraer mis comentarios sobre tanto abandono y destrucción. Lo concreto es que rescaté de una excavación natural, probablemente

ocasionada por los vientos, entre una docena de cosas sin importancia, un videocd (que detallaré más adelante) y un escrito hecho en impresión de tipo imprenta con el título *cuento* que paso a transcribir textualmente:

“Trataba de ordenar su mente. Quería volcar en una síntesis la información sin transgredir los códigos protocolares que sirven para dirigirse a todas las autoridades, en este caso, a los miembros del Panopticon.*

Había pasado un mes desde el día en que por intermedio de una comunicación autenticada requirieron sus servicios técnicos para resolver una problemática que se presentaba como *enigma amenazante al orden*, según el parte. La información, como siempre, venía contenida en dos pastillas ovólicas que en realidad ofrecían una escasa cantidad de datos e imágenes. No obstante, pudo obtener elementos de juicio que le resultaron suficientes. El caso era aparentemente simple pero de resolución compleja. Fuera de

la ventosa transparente* que separa a Buenos Aires del suburbano, se había detectado contingentes de personas de variadas especies que en lugar de marchar hacia adelante, como lo venían haciendo habitualmente cuando iban a sus rutinas, se quedaban en algunas zonas caminando en círculos, sin detenerse y por lapsos de tiempo cada vez mayores. Con esta anomalía comenzó a notarse que la afluencia de personas a sus rutinas era menor.

Lo primero que hizo fue dirigir la investigación hacia el concepto de circularidad. Si lo habitual en la gente era marchar hacia adelante ¿por qué ahora aparecían personas que lo hacían en círculos? *Alguien que camina en círculos no va a ningún lado*, sentenció sumando su preocupación a la que ya tenían los miembros del Panoptición. Aquella instancia gubernamental esta vez le había depositado toda su

* El Panoptición fue una forma de gobierno que empezó a regir en el 2049, implementada por las grandes corporaciones cuando el concepto de Estado había sido superado.

* Por registros de catastro hallados en la bóveda de la municipalidad, la ventosa trasparente que cubrió la ciudad de Buenos Aires, se empezó a construir en el 2044 y fue terminada tres años más tarde.

confianza. Esto hizo que experimentara una inexplicable sensación que le sirvió para dedicarse obsesivamente a su trabajo. *Círculo, circularidad, circunferencia, circular...* Hurgaba en su mente la asociación que le permitiera encontrar una primera clave que luego llevara a otra y así sucesivamente. Si el sistema cósmico estaba basado en la circularidad era seguro que había alguna relación entre aquello y esto, ya que nada ni nadie que habitara este planeta se escapaba del hecho de girar en derredor de algo. Esta deducción hizo que aceptara que toda actitud circular significaba un sistema constituido. Por otro lado, notó que la circunferencia era una figura que representaba un movimiento donde el principio coincide con el fin; o sea, un movimiento que llevaba al eterno retorno. Entonces se dio cuenta que estaba frente a una conclusión que le imposibilitaba seguir lucubrando.

Se comunicó con sus superiores esperando que le dieran sin problemas el salvoconducto que le permitiera salir de la

ventosa e ir a observar *in situ* el fenómeno en cuestión. Obtuvo una respuesta negativa; sus servicios técnicos no podían extenderse más allá de lo deductivo.

Por primera vez un impulso interior, desconocido hasta entonces, hizo que elaborara una idea propia. Planificó la manera de mimetizarse y poder llegar, sin llamar la atención, al suburbano donde aquellas personas continuaban circulando sin parar. No necesitó desplazarse. Su mente había nacido con la suficiente capacidad energética como para apoderarse de un cuerpo, y así lo hizo. Tomó uno de los tantos que transitaban por ahí, se infiltró por su irrigación sanguínea y llegó hasta el cerebro. Lo demás resultó simple; nada se interpuso en su traslado hasta que quedó frente a aquel grupo variado y silencioso de personas que daban vueltas. Lo hacían incansablemente a pesar de la lluvia copiosa y caliente de junio* . Sus pies prácticamente se arrastraban por el fango amarillento. El

humo se desprendía de la tierra y creaba una suave neblina que se extendía por el suelo. El sonido de las pisadas era un compás monótono, machacador y molesto. Observó a través de los ojos del otro que aquellas personas tenían un aspecto que desconocía. Sus vestimentas eran desagradables, uniformes y del color de la sombra. Sus rostros estaban marcados por arrugas profundas y de sus ojos se desprendía un brillo inquietante.

Un nuevo impulso incomprensible propulsó el cuerpo del otro hacia el contingente contra su voluntad y de repente se vio caminando junto a los demás. En las primeras dos vueltas no sintió ni escuchó nada. Era como circular en el vacío. Pero al cumplir la tercera empezó a oír voces que parecían provenir de las bocas cerradas de los que marchaban a su lado. Resultaba ilógico, pero aquellos eran murmullos que surgían como pompas que luego explotaban en gritos desgarradores. Aquí y allá se oían protestas que

* Se trata del sexto mes. Antes de la actual manera *ordinal*, a los meses se les daba

crecían como una vorágine. Aquellas voces reclamaban lo de siempre, lo que venían reclamando desde que las inundaciones empezaron a ser incontenibles; desde que la contaminación se acentuó convirtiendo el suburbano en un infierno; desde que la discriminación económica, el abandono por improductividad, el ostracismo legal y la mortificación pública se implantaron como *modus vivendi*. Reclamaban justicia, equidad, el derecho a sentir y ser sentidos, la abolición de la rutina y la reimplantación del trabajo como actividad dignificante.

Mientras acompañó a aquellas personas durante ciento treinta vueltas tuvo tiempo para dilucidar que aquel círculo configuraba un acto voluntario e independiente del orden. Esto le permitió redefinir su rol y justificar plenamente la iniciativa propia con la que había podido llegar a ese lugar. Aquello confirmaba que la técnica deductiva no bastaba.

Cuando hizo el primer intento para salir experimentó algo que provenía del cuerpo del otro y que lo impactó hasta que pudo oír un grito que identificó como propio. Aquel hecho se presentaba como una experiencia novedosa y preocupante. Por primera vez había estremecido su brillante estructura mental hasta provocarle aquella inconcebible exteriorización. Siempre se había jactado de dominar cualquier estímulo imprevisto; pero aquello le resultaba tan desconcertante, que optó por abandonar el cuerpo del otro anticipadamente.

Nunca llegó a confirmar que esa inusitada sensación se llamaba *dolor* porque, en el momento que trataba de describirlo en el informe a los miembros del Panopticón, recibió una descarga de origen desconocido con la que reprodujo el mismo impacto. Entonces, en un instante, comprendió todo. Pero fue inútil. De inmediato, se encendió el indicador que decía *incompetent*, y quedó desconectada...

Aquella máquina fue remitida al depósito de oblacones electrónicas donde sería desmantelada.

En tanto, la preocupación de los miembros del Panopticón aumentaba porque las marchas circulares continuaban inutilizando sus máquinas. Ninguna de ellas, hasta ese momento, había podido apoderarse de los cuerpos que creían tomar por propia iniciativa.”

Confieso que cuando terminé de leer *cuento* (que lo hice al mismo tiempo que lo transcribía), volví a recordar al tao, y especialmente aquello que dice que *treinta rayos se encuentran en un cubo pero en el vacío del medio reside el uso de la rueda.*

SOLEDAD DEL CONSPIRADOR

Año 2213, primer día del undécimo mes, Buenos Aires.

Me había quedado pendiente transcribir el videocd que hallé junto al impreso de *cuento*. Debí hacerlo al día siguiente, pero un movimiento sísmico me obligó a protegerme. No podía pensar en otra cosa que no fuera la de sobrevivir. Ésto hizo que mi trabajo se atrasara, y una vez que terminó el sismo tuve que abocarme a recorrer y hurgar sin descanso. Creo que hoy estoy más o menos al día con todo. Hay otros elementos que encontré que me parecen de sumo interés, pero debo ir por orden. El videocd que estaba junto a *cuento* es el testimonio de alguien -un actor, tal vez- que no se identifica, que habla a cámara, que se queda en silencio mientras se sobreimprime una cita de Rodolfo Walsh (*los datos que me dio la Central sobre este escritor, indican que fue desaparecido, término que pertenece al prepasado, que indagaré cuando vuelva*) que dice: *Todos sentimos que enloquecer es tan grave, tan fundamental como nacer o morir, porque en cierto modo es las dos cosas al mismo*

tiempo. Una vez que sale el sobreimpreso, el supuesto actor empieza a decir “Menezji C. no conocía personalmente a Herdeznán D. pero lo presentía como alguien real al que hubiera tenido que enfrentar y afrontar mil veces. Dominaba su prontuario como un mnemonista sus recuerdos. Para eso había comprometido todo el sistema ciberdigital del Panopticón. Fueron los miembros de esta instancia de gobierno los que le encomendaron atender, con discreción, el asunto de la divulgación de informes clandestinos que habían trascendido por toda la ciudad. Esta metodología infamante les molestaba porque además de desvirtuar la información oficial también creaba más brotes de descontento entre los pobladores. Menezji C. tenía bajo su mando el cuerpo de *Killantes**, con quienes había aplastado limpiamente a aquellos contingentes que perpetraron las marchas circulares en el suburbano, después del repetido fracaso de todos los métodos para disuadirlos. Esto había

* Por algunos elementos encontrados y por lo que se desprende del relato se trata de

aumentado su prestigio. Se había erigido como el Guardián del Estado. Innumerables indicios le confirmaron que Herdeznán D. era el responsable de la transmisión de aquellos informes. Sin embargo, ninguna prueba había surgido de la investigación. Hasta el momento, no había podido localizar el lugar desde donde operaba, y eso se había convertido en una prioridad para sus *killantes*, y en una obsesión para él.

Dio unos pasos hacia el ventanal. Estaba en el piso veinte del Edificio de la Jurisprudencia donde tenía su despacho. Reconoció que Herdeznán D. era inteligente. *Claro, es ingeniero, igual que yo.* Aún no podía aceptar que alguien así se hubiera convertido en conspirador. No le inquietaban las personas que supieran pensar. *Hay muchos que lo hacen, pero son controlables,* se dijo, para luego admitir con cierta preocupación que *lo peligroso es que él hace pensar a los demás.* Quedó con la vista fija en la nada de los cristales del

ventanal. Se fue perdiendo en un prolongado pensamiento que iba más allá de la ventosa transparente que rodea Buenos Aires. *Tranquilo, el plan no puede fallar*, expresó entre dientes, e inspiró por la nariz profundamente.

La noche era negra en el cielo y gris en el largo paredón que bordeaba la refinería de petróleo abandonada. Herdeznán D. lo recorría tenso, atento. Los años de actuación política, oposición al gobierno y persecuciones habían influido para que aceptara sobrevivir con aquella modalidad sobrecargada de desconfianza. Cada vez que caminaba por esa zona desierta del suburbano sentía que en la neblina que flotaba latía una inquietud amenazante. Se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. El lugar era una topografía desapareja formada por desechos acumulados y diseminados de cobalto, plástico y titanio. Bajó la vista y esquivando un charco de óxido mercúrico se acercó a una alcantarilla que estaba pegada al borde del paredón. Se detuvo y se puso los anteojos

lumínicos. Con alguna dificultad levantó la tapa que era pesada y se metió en el pozo con una agilidad rutinaria; ya lo había tenido que hacer cada vez que alguna necesidad lo obligaba a salir.

Después de recorrer el sórdido laberinto que formaba la tubería llegó al hueco depósito de cemento que le servía de refugio. El olor rancio del lugar ya era parte de su respiración cotidiana. Sacó del bolsillo de su abrigo el *microchip*, se sentó en el catre y se quedó observándolo detenidamente. Era un *SLI* con el que podría reparar la vieja computer, la misma que estaba ahí, ocupando ese espacio insignificante sobre esos tablones que servían de mesa, junto a la pila de libros de tapas ajadas y hojas amarillentas, al lado de la caja de minicds. Dejó caer el cuerpo hacia atrás. Quedó con la vista fija en una grieta incipiente que había en el techo. *La casa no es tan grande. La agranda la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.* No eran sus palabras sino las que había leído en un

escrito de Borges, *escritor ciego del siglo veinte...* Se incorporó de un movimiento y encontró su cara en el espejo del botiquín que tenía enfrente.

Había pasado un mes sin salir del refugio; no había tenido necesidades. Todavía le quedaban resmas de papel alimenticio para un mes más*. Antes tenía que ir de aquí para allá arriesgando el pellejo, pero con el multisoft que pudo adaptar a la computer ahora podía filtrar sus informes en todos los receptores de Buenos Aires sin que pudieran localizarlo.

Informe número 879, Buenos Aires

EL PANOPTICON EXTERMINA

Como no pudieron desconectar con sus máquinas alienantes las ejemplares marchas circulares de protesta de los supervivientes del suburbano, ahora el infame Panopticon recurre al exterminio. Para eso ha estado utilizando la siniestra ferocidad de los Killantes, quienes

aplicando secretamente métodos aberrantes, dignos del siglo veinte, han liquidado a miles de personas para luego hacer que sus cadáveres desaparezcan.

Dejó de escribir y una vez más trató de imaginar el efecto que causaría este nuevo informe entre los miembros del Panopticón. *Sólo los que sienten dolor pueden compartir el poder,* pensó en medio de un suspiro, *pero los miembros del Panopticón son indolentes. Seguramente ésto debe provocarles temor. El mismo que sienten los avaros y los codiciosos cuando se confunden y creen que un reclamo es un acto de usurpación.*

Fue en ese momento cuando las palabras reflejadas en el monitor se desvanecieron. Revisó entonces el sistema y comprobó la inutilidad del *microchip*. Luego sacudió su resignación y salió. El mejor camino que lo llevaba al Abastecedor pasaba por los viejos subterráneos. Así pudo llegar al Mercado de Deshechos que estaba debajo de la

* En el 2048 se anunció el descubrimiento de la síntesis alimenticia. El papel fue

avenida Nueve de Julio, evitando el control que había arriba, en el acceso a la ventosa. Cuando se detuvo frente a los andenes recibió la misma impresión de siempre. Aquel lugar le seguía pareciendo el más postergado de los que había en este mundo. No es que lo fuera por la mugre solamente, o por el paisaje maculado por motores oxidados, heladeras y televisores desarmados, tubos de silicio rotos, pilas de miniphones y tantas cosas arrumbadas y en desuso, sino también por la gente que lo habitaba. Hacinados en la penumbra, aquellos seres eran el resultado de un sistema perverso que por un lado les permitía negociar con deshechos porque los exceptuaba de obligaciones impositivas, pero por el otro los condenaba a una inevitable desilusión que los iba despersonalizando hasta quedar confundidos con sus propias mercancías. Eran personas que habían quedado fuera del cupo de los empleos oficiales y de las rutinas de mantenimiento y limpieza que ofrecían los

Cinco Consorcios que se ocupaban separadamente -con sus complejos robóticos- de toda la producción de alimentos, tecnología, medicamentos, comunicaciones y transporte. Las autoridades les habían endilgado el nombre de *deadhs**, encuadrándolos dentro del régimen de abandono por improductividad; una medida legal que los igualaba a sus deshechos.

Herdeznán D. avanzaba evitando los tubos encendidos que estaban pegados al techo abovedado. Quería que no lo reconocieran. Los Killantes tenían informantes por toda la ciudad, y aunque en el mercado eran rechazados como todos los que representaban la autoridad, también era cierto que en aquel lóbrego mundo de ofertas y demandas ninguno estaba exceptuado de caer bajo su sospecha. Cuando se acercaba al lugar donde estaba instalado el Abastecedor, pensó que éste era uno de los pocos seres confiables que le quedaban. El *deadh*, que estaba sentado en el suelo,

* Esto confirma mi presunción anterior sobre el término "deadhs".

envuelto en un silencio abstractivo, notó su llegada. Sus ojos reflejaron un brillo de afecto y Herdeznán D. se dio cuenta que aún su mirada seguía siendo el don más expresivo que tenía. Un ligero racconto le permitió aseverar que nunca lo había visto sonreír; que siempre había exhibido esa expresión neutra, probablemente adquirida por las tantas compras y ventas que había realizado. Se saludaron como siempre a la antigua usanza; se estrecharon las manos. Quedaron en silencio durante un minuto porque algo cálido pasaba entre ellos. Después Herdeznán D. hizo su pedido.

Necesito un micro SLI. El otro asintió y se retiró a escudriñar en sus cajones. Mientras lo hacía, buceaba en si mismo tratando de encontrar las palabras que incitaran la charla que más le gustaba; quería hablar sobre libros del siglo veinte, lo que alguna vez le había vendido, cuando Herdeznán D. era un simple ingeniero del Consorcio de Comunicaciones; cuando éste ni remotamente pensaba en convertirse en conspirador.

- *De toda la memoria sólo vale el don precario de evocar los sueños,*
susurró el deadh sin mirarlo

- *Antonio Machado, poeta español,* contestó Herdeznán D.
espontáneamente.

El Abastecedor se volvió y otra vez brillaron sus ojos. Se acercó lo suficiente y, con quietud, se dejó llevar por uno de sus delirios.

-Perdimos los sueños cuando ganamos las horas de la noche,
sentenció en tono confidencial, para agregar *Dejamos de dormir durante el día porque estábamos pendientes de que los rayos del sol no se filtraran por los agujeros o los bordes de las puertas o las persianas. Pero la luz no siempre fue nociva. Antes los hombres vivían de día y dormían de noche; podían soñar...*

Cada vez que Herdeznán D. lo escuchaba en uno de estos trances experimentaba una sensación de misterio que lo atraía. Lo miró expectante esperando que le dijera algo más, pero el Abastecedor hizo un silencio ex-profeso y se volvió a

los cajones. Después de registrar durante unos segundos sacó el microchip, lo puso en la palma de su mano y se lo mostró.

-No puedo pagarte, le dijo Herdeznán D. sin tomarlo.

-Es un aporte a la causa, le contestó el deadh poniéndoselo en la mano.

Una pequeña emoción recorrió el cuerpo del conspirador e hizo un esfuerzo por contenerla. Volvieron a estrecharse las manos y cuando Herdeznán D. quiso retirarla, el otro se la retuvo.

-Si un hombre atravesara el paraíso en un sueño, dijo el Abastecedor para luego acentuar su delirio, y le dieran una flor como prueba de haber estado ahí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... Entonces ¿qué?

Herdeznán D. permaneció paralizado un instante y luego se encogió de hombros. Entonces el deadh le soltó la mano, volvió al sitio que ocupaba al principio y se sentó en el suelo. Herdeznán D. lo observó pensativo. Después comenzó a retirarse. Caminaba sorteando objetos, deadhs y

clientes sin desprenderse de lo que había escuchado. *Si al despertar se encuentra esa flor en la mano, es porque estuvo y está en la realidad...* La incomodidad de una duda se instaló en su mente. *¿No habrá sido que los sueños fueron parte de la realidad?*

Sin notarlo había llegado al final de los andenes. Tomó conciencia y se encaminó hacia el túnel hasta detenerse frente a las vías. Percibió que por detrás se deslizaba una sombra. Una sospecha afloró junto con sus palpitaciones que se aceleraron de pronto. Agarró el microchip y lo apretó dentro de su puño. Avanzó a paso normal. El túnel se presentaba como una perspectiva sombría y solitaria con una salida demasiado lejana. Los durmientes crujían a medida que los pisaba, podridos tal vez por el agua de la última inundación o por el tiempo o el desuso. Oyó el compás de otro crujido que venía desde más allá de su espalda. Se dejó invadir por una decisión súbita y, de repente, se dio vuelta. Una figura amparada por la penumbra se adelantó en un tramo y quedó descubierta bajo una lamparita mortecina

empotrada arriba, a un costado. Pudo distinguir a un hombre alto, de pecho ancho y botas oscuras y bruñidas; era indudablemente un Killante. Tragó saliva. El otro, que estaba a unos diez metros, exhibió un boomerang y adoptó una posición amenazante e inmediatamente dejó escapar una leve sonrisa que le dio a su rostro una apariencia suficiente y siniestra. A Herdeznán D. se le cayó inexplicablemente el microchip de la mano y por un acto reflejo miró hacia el suelo. De inmediato, se dio cuenta que buscarlo era inútil; no tenía tiempo y allá abajo todo era desperdicio y basura. Caminó hacia atrás dos pasos, dio media vuelta y empezó a correr y correr hasta sentir que la agitación explotaba dentro de su pecho. Fue en ese momento que el peso de un golpe cayó sobre su cabeza. El boomerang había impactado con precisión en su nuca. Sintió que las piernas se aflojaban incontrolablemente y en un último esfuerzo extendió sus manos abiertas hacia delante con el fin de contener la inevitable caída. Tuvo toda la sensación de que el suelo no

llegaba nunca, que era un pozo sin fondo. Siguió descendiendo y lo que al principio le había parecido un derrumbe, empezó a convertirse en un vuelo. De repente, lo rodeó un cielo celeste y después unas nubes espesas y blancas. Finalmente se desplomó contra el suelo que era blando, de arena. Entonces descubrió que estaba en medio de un desierto y que no sabía hacia donde ir. Un punto azul, no muy lejano, le llamó la atención. Se encaminó hacia allí y a medida que adelantaba un paso se iba hundiendo. Sin embargo, avanzaba; lo hacía con una lentitud involuntaria. Cuando la arena llegó a cubrirle el abdomen, él ya estaba frente al punto azul. Descubrió que se trataba de una flor de tres pétalos aterciopelados, pequeña. Extendió su mano y la tomó entre sus dedos y cuando la arrancó, mágicamente, la flor se convirtió en un microchip SLI. Una sensación de infinito placer invadió todo su cuerpo, pero al percibir que se seguía hundiendo el placer se convirtió en angustia y ahogo...

Los párpados de Herdeznán D. se despegaron con dificultad. Un rápido paneo le permitió comprobar que continuaba en el túnel. Estaba solo, sentado en el suelo, recostado contra la pared, debajo de la luz mortecina que daba la lamparita empotrada más arriba. Sintió algo que había en su mano cerrada y la abrió. Allí encontró el microchip SLI, y sin darse tiempo para el asombro, se incorporó y comenzó a correr hacia la salida. *Sí, se dijo, los sueños tienen que haber sido parte de la realidad porque se pueden interpretar.* Quitó la vista del espejo del botiquín y volvió a observar el microchip que tenía entre los dedos. Después se acercó a la mesa hasta quedar frente a la computer. Se sentó. Luego apoyó cuidadosamente el microchip y se quedó así, sin hacer nada, durante un largo rato...

Menezji C. permanecía expectante frente al ventanal. Miraba, desde arriba, distintos puntos que estaban más allá de la ventosa donde la noche se hacía más oscura. Mientras

percibía el sosiego que se extendía por el suburbano, trataba de detener una impertinente desazón que quería invadirlo. Entonces surgió en el horizonte una enorme mancha amarilla y el ruido de la explosión se oyó lejano. Venía de la refinería de petróleo abandonada y Menezji C. reconoció su sorpresa porque el lugar era inesperado. Exhaló un suspiro y comenzó a pergeñar la notificación que luego enviaría a los miembros del Panopticón. *Consideramos que con la mortificación no íbamos a lograr un resultado positivo. Lo importante en estos casos es eliminar el lugar desde donde el conspirador opera. Entonces aprovechamos su desvanecimiento para introducir un dispositivo con difernil expansivo que va dentro de un autoprogramador termoemulsionado que tiene un formato del tipo SLI...*

Cuando Menezji C. se alejó del ventanal dispuesto a teorizar y fundamentar los resultados del operativo, algo lo pasmó. En las pantallas de los quince monitores que había en el despacho empezaron a aparecer palabras agoreras...

*Informe número 880 (Buenos Aires)...El Panopti6n
sigue cometiendo cr6menes...”*

El actor no termina de completar el informe, se queda un minuto y medio mirando fijo a c6mara y luego se corta la grabaci6n. No me quedan dudas de que se trata de una ficci6n, algo inventado por 6l, o quiz6 algo creado por otro e interpretado por 6l. Sin embargo, todo el relato est6 basado en cosas reales, detalles muy precisos, sucesos que acontecieron de manera muy parecida. Esto me obliga a pensar sobre la l6nea delgada que separa la ficci6n de la realidad.

ESTADO DE PARANOIA

Año 2213, quinto día del undécimo mes, Buenos Aires.

Sentí un cansancio involuntario que empezó a pesarme en los párpados y en las piernas, que me obligó a detenerme y acampar. Me bastó un descanso no muy prolongado para recuperarme. Después noté que hacia el lado del Río, por el horizonte, el cielo se había puesto de color ceniza. Era la amenaza de un galerno. Eso frenó mis ganas de reanudar la tarea. Me quedé indeciso unos instantes, no más, hasta que decidí quedarme donde estoy para esperar que pase; es lo que aconseja el manual de instrucciones.

Casi sin quererlo, hace un rato encontré algo que me llamó la atención. En un pedazo de columna que quedó en pie, que pertenece a lo que queda del edificio derrumbado que todavía tengo delante de mis ojos, había sobre una base de metal empotrada una minicámara de video muy vieja, de las que se usaban dentro de un circuito cerrado para vigilancia. La arranqué de la base y la desarmé para estudiar los

componentes que funcionaban en su interior. Sorprendido descubrí que se trataba de una caja vacía. A unos metros, entre los escombros, había otras tres que estaban en las mismas condiciones.

Aunque es preferible para la objetividad de la tarea que debo realizar, registrar nada más que las impresiones, no puedo evitar esta actitud reflexiva que se me escapa casi naturalmente. Esta ciudad estaba regida por un Panopticon, que según el informe que me proporcionaron en la Central antes de salir, era una forma de gobierno inspirada en la que creó allá entre los siglos XVIII y XIX el jurista Jeremy Bentham. Lo curioso de todo esto es que aquí se aplicó a mediados del siglo XXI cuando se suponía que estaban en plena vigencia la libertad del hombre y la democracia según el compromiso declarado por todos los gobiernos del mundo incluido el de Buenos Aires*. Sin embargo, al imponer el

* Principio que reafirmó la Asamblea General de la UN en el 2031 en la cual se recomendó a todos los gobiernos integrantes, textualmente, *“buscar la manera idónea de eliminar la intolerancia entre las razas, credos y concepciones.”*

panóptico como forma de gobierno, lo que se hizo fue llevar los sistemas de vigilancia a un grado tan superlativo que terminó por empeorar la ya enrarecida relación que había entre el poder y la sociedad* . Parece que los métodos de vigilancia era el tema prioritario en los medios gubernamentales. Los miembros del Panopticón dedicaban la mayor parte de su tiempo a impartir directivas para la aplicación de técnicas eficientes que abarcaran zonas cada vez más amplias de vigilancia. Eso también trajo como consecuencia la precaución de no descuidar la vigilancia dentro de los espacios más estrechos, lo que hizo inevitable que los mismos miembros del Panopticón se vigilaran entre sí. Espías e informantes pasaron a ser las profesiones más solicitadas y rentables. Se creó entre otras opciones un *banco de denuncias* que funcionaba dentro de toda la red territorial y estaba conectada directamente a la sede de gobierno donde llegaron a recibirse tantos *e-mails* como habitantes había en

* Debido a esta relación fue que surgieron los conspiradores.

la ciudad. Cualquier actitud, intención o gesto se consideraba sospechoso. La desconfianza llegó a prevalecer por encima de todas las demás condiciones que hacían a las relaciones humanas. La sombra de la sospecha afectaba la aceptación de inquilinos por parte de propietarios, vecinos por parte de otros vecinos, de familiares que empezaron a desconfiar de sus propios primos, tíos, hermanos, padres y madres, fenómeno que trajo como consecuencia la disolución de vínculos en miles de familias que no volvieron a reencontrarse nunca más. La gente empezó a adquirir el hábito de hablar sola y en voz baja. Se podía ver por la ciudad, según el informe, a cientos de transeúntes farfullando cosas tan indescifrables como incontenibles. Se llegó a un grado tal de sensación persecutoria que un simple intercambio de miradas bastaba para desatar una interminable serie de acusaciones mutuas. El estado de las cosas estuvo a punto de volverse incontrolable. Entonces, el Panopticón recapacitó y decidió pasar el tema de la

vigilancia a un segundo plano para priorizar otros asuntos que requerían mayor atención. Fue cuando acordó prohibir por decreto *“el Estado de Paranoia creado en la población de manera incomprensible”*.*

En cuanto a la explicación sobre las minicámaras de video vacías que encontré, todo me hace suponer que siempre estuvieron vacías, que nunca hizo falta activarlas; que una sociedad a la que se le impone la vigilancia como modo de vida, terminará por creerse que está siendo observada hasta por una piedra colgada de la columna de un edificio.

* Textual.

NINFA

Año 2213, octavo día del undécimo mes, Buenos Aires

... ahora, heme aquí, abandonado por los dioses, hijo miserable de impurezas, que he engendrado en la mujer a la que debía mi vida...

Este es un fragmento de Edipo Rey, algo que se representaba con actores en la Grecia lejana. La primera vez que lo leí me sentía tan solo como ahora. Estos días fueron inoperables. El viento que arrasa todo y que parece no querer parar nunca, me obligó a meterme en estas cavernas formadas por lo que queda de los desagües. He tenido que formar una estructura de caños maleables que viene con el equipo de emergencia para no quedar enterrado. El sonido del viento es muy molesto. Por eso trato de pensar en cosas agradables; en otras cosas.

Pasar una mañana de descanso con Ninfa es algo que me deleita; me hace sentir bien. No nos vemos muy seguido pero cuando lo hacemos experimentamos una intensidad muy profunda. Cuando no está y siento la extrema necesidad

de revelar esas cosas que pienso, extraño la serenidad con que me mira. Ella sabe escuchar; está dotada de una paciente comprensión que me resulta irremplazable. Reconozco que hasta ahora nunca le confesé lo que siento por ella. No lo hice porque sé que lo ha adivinado. Pero hubo mañanas en las que algunos de mis pensamientos se mezclaron con otros y sentí que la ansiedad por su llegada se empezó a intensificar progresivamente, y me preocupa porque semejante grado de dependencia nunca lo tuve con nadie.

Por eso, me esforcé para poder ordenar todo lo que andaba suelto por mi mente. Ahora estoy en condiciones de precisar que ésto se inició antes de la tercera noche, hace unos siete meses cuando me despedí de Ninfa la última vez. Todavía recuerdo su figura sinuosa perdiéndose detrás de la puerta de mi apartamento. Después, me acuerdo que retomé un trabajo investigativo que había dejado pendiente. Seguí alimentando el banco de datos sobre los orígenes de la

humanidad con información que recabé de la Biblia y de otros documentos antiguos.

Desde que mis superiores me asignaron estos trabajos de investigación siempre me preocupé por cumplir con mi obligación. Soy un profesional, y cumplo de acuerdo con las exigencias preestablecidas en mi contrato.

Sin embargo, confieso que cuando volcaba la verificación del hallazgo del Arca de Noé en la cima del monte Ararat en 1914, comencé a sentir una rara inquietud que poco a poco se fue convirtiendo en una fantasía de catástrofe universal que se me presenta de vez en cuando, seguramente originada por la desagradable impresión que me dejó mi traslado a la ciudad sumergida, donde aún no me acostumbro a vivir. En ese momento también pensé en Ninfa; en que la extrañaba. De inmediato me di cuenta que recién se había ido. Eso me perturbó y traté inútilmente de no darle importancia. Quince días después, clasificando información sobre pintores del *quattrocento*, me topé con la imagen de una pintura de

Fernando Gallegos, español perteneciente a la escuela flamenca, llamada *Creación de la Mujer*. Allí estaba Eva surgiendo de las costillas de un Adán dormido. Otra vez extrañé a Ninfa. Noté que tanto Adán como Eva tenían a la altura del hipogastrio esa pequeña cicatriz denominada *omblico*. Ninfa no lo tiene y yo tampoco. No lo tengo porque pertenezco a la primera generación *in-vitro* nacida merced al programa biogenético del control demográfico. Mientras contemplaba la pintura me di cuenta que si bien hacía mucho que sabía de mi falta de omblico, nunca me había preguntado por qué. Durante mi crianza en el Laboratorio Aleph ninguno de mis Mayores, ni siquiera el Maestro, me lo había dicho. No obstante hoy, lo reconozco, no puedo afirmar que me lo ocultaron porque yo nunca se los pregunté. Es más, hasta ese instante, nunca se me ocurrió averiguar si otros lo tenían.

Un tiempo después, favorecido por mis superiores, participé de una excursión en bus para sobrevolar el último bosque misionero. Fue la primera vez que pude ver árboles naturales a menos de cincuenta metros. Durante la vuelta a la ciudad sumergida no pude sustraerme de la impresión estimulante que aquella experiencia me había causado. Al bajar del bus comencé a recorrer la plataforma y al pasar frente a uno de los ventanales del corredor principal de la estación, me encontré con algo inesperado. Del otro lado había un grupo de vetustos, y entre ellos estaba uno de mis Mayores: el Maestro. La euforia que traía se derrumbó. Ver al Maestro entre aquellos seniles miserables me produjo una mezcla de incomprensión, ira y tristeza. Al principio me pareció que lo mejor era seguir mi camino, pero me arrepentí. Entonces comencé a buscar un acceso que me llevara al otro lado del ventanal que separa la estación de la calle. Mientras lo hacía pasó por mi cabeza el hecho de que yo también, con el correr del tiempo, caería bajo las redes de la Ley de Senectud

y sería declarado vetusto. Si le había ocurrido al Maestro me iba a pasar a mí. Un escalofrío corrió por mi cuerpo. La Ley libera a los vetustos de todas las obligaciones, pero sólo les ofrece los sobrantes de una economía inestable como la nuestra. Me detuve para pensar que iba a decirle cuando lo tuviera enfrente y de repente noté que ya estaba del otro lado del ventanal. Entonces sentí un rechazo que comenzó por mi nariz ya desacostumbrada a oler el vaho cloacal que invadía aquel lugar impregnado de humedad y basura. El Maestro estaba ahí, sentado en una pequeña caja de plástico, en silencio, apartado de los otros, mirando el suelo. Me acerqué hasta quedar parado frente a él. Levantó la vista y pude ver su cara más arrugada y sus ojos sin brillo. Al principio no me reconoció, pero después de nombrarlo dos veces, se incorporó y forzó una leve sonrisa. Me dijo que hacía muchos años que habían dejado de llamarlo *Maestra*. Titubeamos un instante, hasta que él acercó otra caja junto a la suya y con un gesto vago me invitó a sentarme. Dejé que

lo hiciera primero: instintivamente aún lo respetaba. Sin esperar mi pregunta adoptó una actitud reposada y reconoció que aquello no era tan duro como parecía; que con la longevidad había perdido la ansiedad; y que ahora no necesitaba juzgar a nadie porque era capaz de comprender a todos. *Comprender a los demás es un alivio*, me dijo justo cuando noté que su voz se había quebrado con los años. Fue en ese instante que un flash con la imagen de Ninfa mirándome estalló en mi cabeza. Inmediatamente, no se por qué, pensé en el ombligo de Adán y me vi obligado a interrogarlo. Quería saber algo sobre aquellos que lo tenían. El silencio posterior originó entre ambos un clima tan tenso que llegué a sentirme un impertinente. Sin embargo, el Maestro terminó por lanzar una risita ladina que me desconcertó. Después se llevó las manos al abrigo, lo abrió, levantó su camiseta y me mostró su ombligo. Me sorprendí. Continuó exhibiéndolo; quería que lo tocara. No me atrevía a hacerlo. *¿Por qué?*, le pregunté. Serio, se alzó y me retiró la

mirada. Luego se volvió hacia mí y se arrodilló, quedando a mi altura. *Hace rato que lo sé; he tenido una madre*, me dijo y se le mojaron los ojos; *nunca pude saber cómo era ni quién era, pero confirmé que estuve dentro de su vientre durante nueve meses.*

Después se señaló el ombligo y agregó: *ésto es la prueba.*

Si bien no sabía qué era una *madre*, nunca me hubiera imaginado que tuviera la importancia que él le daba; nunca hubiera sospechado que un hombre pudiera llorar por esa causa. Al verlo tan afectado no se me ocurrió otra cosa que preguntarle si necesitaba algo de mí. Entonces me contestó aquello que todavía me sigue perturbando: *Yo ya no necesito nada porque sé toda la verdad; se que me voy a morir.*

Después de aquel encuentro me pareció que los trabajos investigativos no tenían sentido, que mi vida no lo tenía y decidí pedir esta misión.

Acepté salir de la ciudad sumergida aunque para ello deba sacrificar mis encuentros con Ninfa.

Otra vez se mezclan mis pensamientos con esta fantasía de catástrofe universal. El sonido del viento continúa molestándome. Hay veces que pienso, como ahora, que debería conseguir un bus espacial como sea y llevarme todas las especies naturales para irme a otro mundo; no importa cuál; quisiera uno poco habitado. Metería los árboles del último bosque misionero, al Maestro para que me enseñara a eliminar esta ansiedad y a Ninfa, aunque sea tan artificial como una muñeca o una madre...

DEPOSITO DE OBLACIONES

**Año 2213, décimo tercer día del undécimo mes,
Buenos Aires.**

El viento cesó y pude salir de la caverna. Pasé por la zona de los subterráneos, en la avenida Nueve de Julio. Me di cuenta que estuve caminando en círculo. Tuve que consultar el informe cartográfico y cambié el rumbo hacia lo que era el Río de la Plata. Antes de llegar, me encontré con algo que me llamó la atención: la estructura de un edificio, probablemente cubierto con transparencias de cristal que se destruyeron con el tiempo, y en su interior un agujero que a primera vista parece tener una profundidad increíble, donde probablemente funcionaba un ascensor. ¿Qué era ésto? ¿Qué pasaba aquí dentro? ¿A dónde lleva ese pozo tan profundo? Encontré un registro y un relato en una minicomputer. El registro informa que el lugar era un depósito de oblaciones, y el relato dice: “Creo que las cosas sucedieron más o menos así. Abrió el grifo de la canilla y llenó el vaso de agua. Bebió hasta la mitad; el resto lo arrojó por la rejilla de la pileta.

Entonces se quedó observando como se perdía en la oscuridad de los agujeros. Pensó que iría a parar al desagüe y de allí se reciclaría y otra vez estaría lista para ser tomada por otro. *Es algo parecido a mi vida*, se dijo, y volvió la cabeza hacia el viejo reloj digital que colgaba de una de las paredes del bunker. El momento del relevo se aproximaba. Estaba terminando los cinco largos años de cuidar aquel depósito de oblaciones. Lo había deambulado en su totalidad, sala por sala, rincón por rincón, hasta perder la noción de cuando lo hacía de día y cuando de noche. Una vez más se aprestó a recorrerlo, pero en esta oportunidad con la presunción de que sería la última. El levítico decidió comenzar por la sala REM. Siempre quería hacerlo por un lado distinto. Se le ocurría que era más entretenido así, aunque sólo tenía tres posibilidades. Aquel vasto lugar, contruido a un kilómetro de profundidad, tenía tres caminos posibles para recorrerlo: dos de ida y uno de vuelta. Según el levítico, éste último también se podía usar de ida; era una especie de atajo

extendido a un nivel elevado con respecto a los otros que hacía más corto el trayecto.

La sala REM era un espacio hexagonal, ascético, un poco más refrigerado que las otras salas, donde se conservaban seiscientos sesenta y seis cerebros. Cada uno de ellos se encontraba dentro de un receptáculo esférico transparente. Estaban inmersos en una materia gelatinosa, conservante e incolora que cumplía con la función de regular la temperatura. Aquellos cerebros estaban depositados allí desde tiempos remotos: ya habían pasado más de siete generaciones. Pertenecían a algunos de los sobrevivientes del denominado *desastre del carbono**. En aquella época el planeta había sufrido la nefasta y paulatina extinción del carbono que tardó diez años y se manifestó inmediatamente después de la desaparición de la capa de ozono. A partir de aquella catástrofe, las nuevas generaciones comenzaron a perder su capacidad de dormir y soñar. Los cerebros fueron dejando de

segregar *acetilcolina* (sustancia química de la que estaban compuestos los sueños) porque las siete partes de carbono que necesitaban para constituirse llegaron a perderse totalmente.

El levítico sabía esto antes de que le asignaran esa tarea. Hacía seis años atrás se había vinculado con los deadhs de los subterráneos de la Nueve de Julio y había logrado que uno de ellos se lo contara. Mientras se detuvo a observar uno de los cerebros, el XZ3, recordó que en aquellos tiempos el Panopticon había recrudecido su campaña contra el tráfico de pastsueños. El pudo obtener uno y consumirlo sin que nadie se enterara. Como supo de algunos ciudadanos que habían sido castigados por su tenencia, tomó la extrema precaución de mantenerlo en secreto. En ese momento rememoró el trabajo obsesivo con el que fue dejando el descanso neutro, el de los ojos abiertos y en blanco, el de cuerpo relajado pero siempre presente, por otro de ojos

* El desastre del carbono ocurrió a mediados del 2040. Fue cuando se licitó el

cerrados, negro al principio, con imágenes y sonidos que trasladaban el cuerpo a dimensiones inquietantes.

Dejó de mirar el XZ3, caminó dos pasos y volvió a detenerse. Miró hacia el fondo del búnker y otra vez sintió la tarea que le esperaba como un peso que ya venía molestándolo desde hacía tiempo. En aquel sitio, parecido a una colmena, se extendían los comportamientos donde se encontraban prolijamente almacenados gran cantidad de distintos órganos humanos y biónicos. Su rutina consistía en controlar su conservación y atender cualquier alteración que sufrieran. Para eso había sido capacitado recibiendo el grado de levítico, hecho que a esta altura de su vida sobrellevaba con menos orgullo que al principio. Se volvió hacia el XZ3 nuevamente. Aquel cerebro era el que más acetilcolina segregaba. Los cinco años de soledad en ese lugar le habían servido para meditar y comprender algunas cosas. Todo lo que había allí dentro servía para el uso exclusivo de los

miembros del Panopticón. En ocasiones los emisarios venían a retirar alguno que otro órgano, pero había uno con acreditación especial que una vez por año, para la misma fecha, se metía en la sala REM y extraía del XZ3 una porción de acetilcolina. Era evidente que los miembros del Panopticón (tal vez todos) dedicaban parte de su tiempo a la práctica de los sueños; práctica que le denegaban a los demás y que mantenían en secreto.

Una vez más se formuló las mismas preguntas que venían acuciándolo durante ese último año: *¿Por qué unos pocos tienen el privilegio de soñar? ¿Por qué no yo? ¿Por qué no todos?* Y otra vez volvió a buscar las respuestas en la conclusión a la que llegaba siempre: los seiscientos sesenta y seis cerebros podían abastecer de acetilcolina sobradamente a toda la población de Buenos Aires. Si era cierto

-según los antiguos- que los sueños habían sido visiones de lo que iría a suceder, era posible que quien recuperara la capacidad de soñar podía anticiparse al resto y obtener el

porvenir. Si era así, aquellos que conspiraban contra el Panopticón tenían razón: sus miembros estaban infectados de egoísmo; un egoísmo tan arraigado que no les permitía compartir el futuro.

Futuro. Aquella palabra le produjo un cimbronazo de incertidumbre. En unas horas más otro levítico vendría a reemplazarlo; después subiría a la superficie y se presentaría frente a sus superiores y éstos le asignarían otra tarea ya programada de antemano, una que ahora él ignoraba. Siempre así, haciendo lo que ya estaba digitado, lo que lo excluía de cualquier mínima, estimulante y libre decisión. Estiró su mano y acarició la superficie del receptáculo que contenía el XZ3. El cerebro se contrajo; siempre lo hacía frente a cualquier estímulo exterior. *¿Qué sueños contendrán tus neuronas?..* murmuró el levítico y un leve sabor a disgusto se deslizó por su lengua cuando un flash estalló en su mente con el recuerdo de la noche que acosado por las razzias tuvo

que tirar subrepticamente por una alcantarilla de la calle la pequeña lámina que contenía su *pastsueño*, el que tan sólo había podido usar diez veces...

Después de cerrar los ojos me olvidaba del tiempo. Nunca supe muy bien cómo, pero de repente me sentía trasladado a un túnel muy oscuro y largo con una luz muy fuerte en el fondo. Lo raro es que caminaba unos pasos -dos o tres- y ya estaba frente a la luz. Todo era tan luminoso que me enceguecía. Eso sucedía al principio. Después veía claramente un paisaje con vegetación verde, amarilla y marrón. Las cosas habían dejado de ser grises. Los árboles y los pastizales se extendían hasta el horizonte y el sol enfrentaba mi torso desnudo sin que me pasase nada. En ese instante una sensación placentera me recorría el cuerpo como un chisporroteo. Sentía que podía decidir y lo hacía eligiendo uno de los árboles para ir a dormir bajo sus ramas. Luego sin caminar, creo, ya me encontraba recostado contra el tronco y apenas cerraba los ojos sentía o veía, no lo sé muy bien, como caía sobre mi cabeza una manzana. Me pegaba justo en la coronilla, pero

no me dolía. Al contrario, me hacía reír; me producía una inmensa alegría que me inducía a gritar “no” muchas veces; tantas, que las diez veces que me desperté lo hice feliz...

El levítico experimentó por un instante una sensación de vacío. La añoranza de aquellas imágenes le producía una sutil y momentánea melancolía de la que se sustrajo gracias a una determinación. Se preguntó por qué no hacer lo que quería hacer y casi sin pensarlo, sin decirse qué ni cómo, fijó su mirada en el XZ3 y se restregó las manos dispuesto a extraerle una porción de acetilcolina. Se trataba de una mínima, estimulante y libre decisión; tal vez la décimo primera de su vida porque no recordaba otras.

Unas horas más tarde el otro levítico lo reemplazaba con la misma lacónica ceremonia con la que él había relevado al anterior. Apenas un intercambio de saludos, consignas y una que otra indicación. Ni el otro le comentó sobre los

acontecimientos que se habían sucedido arriba, ni él le preguntó. Lo hacía para que el nuevo levítico no se viera obligado a rememorar y así pudiera afrontar los cinco años que tenía por delante; era parte del adiestramiento.

Después tomó su mochila y se encaminó hacia el ascensor que lo conduciría a la superficie. Llevaba en ella, mezclada entre la ropa, la porción de acetilcolina que había colocado en un pequeño envase realizado por él con un desperdicio de plomo que encontró una vez en una de sus tantas recorridas. El plomo era el único metal que pasaba inadvertido por la máquina de control que había arriba. Abrió la compuerta del ascensor y se metió. Llegaría en un minuto y medio y aunque pensaba que nada podía ocurrirle, cierta incomodidad comenzó a invadirlo. Mientras subía se debatía entre pensar o no en las consecuencias, y cuando estaba por hacerlo el visor de la compuerta le indicó que había llegado. Tuvo sólo un instante de indecisión. Después descomprimió la compuerta, salió y se encaminó hacia el estrecho acceso que

franqueaba la máquina de control. Del otro lado, custodiando la salida, estaban dos killantes y un contralor. Mientras el contralor lo observaba con un gesto burocrático, los otros dos permanecían firmes e inmutables. Surgió una involuntaria intranquilidad que trató de dominar pensando en otra cosa. Más allá se encontraba el largo pasillo de estructura metálica que lo llevaría al recinto de sus superiores. Se detuvo apenas un momento y notó que nada de ese lugar había cambiado; la gente que iba y venía lo hacía con el mismo desgano que recordaba haber visto hacía cinco años atrás. Luego avanzó. La máquina se mantuvo inerte; lo dejó pasar sin advertir nada. Entonces continuó su camino algo más distendido y cuando creía todo superado, un chistido le hizo volver la cabeza hacia la máquina. Era el contralor que ahora lucía unas antiparras de cristales violetas y le indicaba con la mano que se acercara. Con aquellos cristales de ultravisión había podido traspasar la mochila y descubrir el pequeño y extraño envase de plomo. El levítico

se vio sorprendido. Sintió que el peso de las consecuencias se le venía encima junto a una premonición desesperada. Sus piernas se paralizaron. Los dos killantes comenzaron a avanzar hacia él. Con un acto reflejo sacó el envase de la mochila y se deshizo de ella arrojándola a un costado. Aferró la acetilcolina en su mano derecha y echó a correr exigiéndose un esfuerzo extenuante. Los killantes cambiaron su paso normal por un trote marcado e iniciaron la persecución. Uno de ellos sacó su pistola de cuatro caños y apuntó a la cabeza del levítico, pero el impacto hizo añicos el ventanal que había en el fondo del pasillo produciendo pánico y corridas entre la gente que pasaba por allí. El levítico ya se había perdido. Los killantes llegaron al fondo y se detuvieron. El pasillo se bifurcaba. Miraron hacia el lado derecho y luego hacia el izquierdo. Por allí iba. El levítico, mezclado entre los otros y amparado por el desconcierto general, lograba meterse en el baño. Los killantes intercambiaron una mirada inexpresiva que pretendía ser

perspicaz y avanzaron apuntando sus pistolas hacia adelante. Ambos recorrieron el trayecto envueltos en un halo de obstinación, y carentes de medidas precautorias, abrieron la puerta de una patada y comenzaron a disparar a uno y otro lado del baño hasta agotar los cargadores. Mingitorios, compartimientos de cristal polarizados, inodoros, secadores, bebederos, todo quedó destrozado y humeante, suspendido en una tensa calma, expectante. Las miradas de los dos killantes recorrían el lugar en inquietos y sucesivos paneos que iban de un lugar a otro. Sus botas pesadas removían los escombros y sus oídos se aguzaban hasta el punto de contener la respiración. El levítico, o lo que se suponía que quedaba de él, no aparecía por ningún lado; era como si se lo hubiera tragado la tierra. Circunstantialmente, uno de los killantes notó que en el lavabo que aún quedaba entero y empotrado a la pared había un pequeño envase de plomo abierto, como si alguien hubiera vertido su contenido en la rejilla...

Un informe secreto elevado a las autoridades dio debida cuenta de los acontecimientos sucedidos en el acceso al depósito de oblacones. Después de consideraciones generales y de forma, concluía manifestando “dificultades insuperables” en la investigación, ya que a partir del hallazgo del envase de plomo con minúsculos vestigios de acetilcolina abandonado en el lavabo, el sustractor había desaparecido definitiva y misteriosamente.

Dos meses más tarde el nuevo levítico después de beber medio vaso de agua y arrojar el resto por la rejilla de la pileta, comenzó a experimentar una sensación inquietante. Se acostó en el suelo del búnker y sus ojos, inexplicablemente, se cerraron con naturalidad. Después vio imágenes y oyó sonidos, y sintió que su cuerpo se trasladaba. Entonces se dejó ir.”

LOS FANATICOS

Año 2213, décimo quinto día del undécimo mes, Buenos Aires.

Por un informe registrado en los Estudios Generales de la red continental, pude averiguar que la *Academia Levítica* fue fundada en el 2063 y eliminada por un decreto fechado en el 2102, año aproximado al que corresponde el relato que rescaté del *depósito de oblaciones*. Los *levíticos* eran adoctrinados para cumplir tareas obsecuentes de lealtad al estado. Tenían una apariencia sacerdotal y un contenido riguroso, estrictamente militar. Fue un intento de los gobernantes de turno (el Panoptición) para lograr adeptos incondicionales. Al principio, se los usaba para trabajos de inteligencia, seguridad y delación. Sin embargo, la creación de otros grupos más efectivos, los killantes por ejemplo, los fueron relegando a cumplir actividades más sedentarias. Dada su incondicionalidad, se fueron convirtiendo a lo largo de los años en custodios confiables de los bienes secretos de los miembros gubernamentales, quienes se volvieron cada vez

más suspicaces debido al avance de las manifestaciones de disconformidad que se extendían a lo largo del suburbano, y que ya empezaban a meterse dentro de la ventosa de Buenos Aires.

El comportamiento de este levítico me lleva a tomar una actitud reflexiva (cosa que no debería hacer en este momento por razones profesionales; no fui enviado para eso, pero...) Pareciera ser que con el método de adoctrinamiento ciertas personas se convierten en incondicionales. Esta incondicionalidad se deposita en algo abstracto, lo que hace inevitable que se queden y se sientan solas. A su vez la soledad, paulatinamente, los incentiva a destruir las cosas para las que fueron adiestradas, y lo que es peor, los empuja a la locura de querer superarlas.

123 BOTELLAS

Año 2213, décimo octavo día del undécimo mes, Buenos Aires.

Ayer seguí con el itinerario que me había propuesto. Calculé llegar al Río ayer mismo, pero la falta de firmeza del terreno me obligó a extremar las precauciones; no tuve más remedio que tantearlo a cada paso. Era como caminar sobre una gelatina.

A una hora y media de mi partida, me encontré frente a un extraño paisaje de superficie irregular, cubierto de botellas de formas diferentes, desparramadas frente a mis pies interponiéndose en mi camino. Cuando tomé la primera, descubrí que en su interior había un papel gastado en los bordes, amarillento, escrito tal vez con una carbonilla, con letra hecha a mano de rasgos torpes, tan pequeña que tuve que usar las lentes hiperbólicas para tratar de entender lo que quería decir. Después empecé a recoger el resto de las botellas. Contabilicé ciento veintitrés y comprobé que cada una contenía un papel escrito, la mayoría en las mismas

condiciones que la primera; una cuarta parte estaba rota y había perdido su contenido.

Parece que se trata de mensajes que dejaron los últimos pobladores de esta ciudad antes de las inundaciones y los galernos. Por supuesto que no pude decifrarlos a todos; ahora me resulta imposible. Es extraño, después de intentar comprender los pocos que leí, estoy en condiciones de asegurar que cada uno pertenece a personas distintas que expresan sentimientos, protestas, deseos y arrepentimientos diferentes, sin embargo, tengo la sensación que todos cuentan la misma historia. No sé, voy a comprobar esto cuando regrese.

VOLVER A EMPEZAR

**Año 2213, vigésimo tercer día del undécimo mes,
Buenos Aires.**

Llegué al Río. Es tal cual me lo describió el demente. Confieso que estaba ansioso, que es uno de los anhelos que tenía al iniciar este viaje. Me acuerdo que Ninfa me leyó aquello de un poeta, Edgar Bayley: *Vendrá un día un día vendrá un día/ habrá un día/ una mañana/ y tendremos lo que fuimos somos...* Me acuerdo que me dijo que se lo había recitado el demente de la clínica. Estaba tan entusiasmada que casi me arrastró para que fuera a verlo. *Me contó una historia maravillosa, no te la podés perder,* insistió con esa manera persuasiva y envolvente que la caracteriza. La cosa es que aún sin convencerme pero invadido por una curiosidad que superaba mi desconfianza, me di cuenta que ya estaba dentro de la clínica y que me encontraba frente al demente. Era un hombre, o lo que quedaba de él, flaco, de una edad indefinida, ojos verdes como el Río que tengo delante y mirada perdida. Ninfa se puso a su lado y con la

voz más tierna que le conozco le susurró casi al oído, *cuéntele...* Como si lo hubieran encendido, el hombre dirigió sus ojos hacia mí y como aceptándome, empezó a contar:

“Las inundaciones habían convertido el Río de la Plata en un enorme manto de líquido espeso y verdoso sin orillas. La noche era oscura y la embarcación precaria. La habíamos construido entre Zulfa y yo con polietileno prensado de acuerdo con las instrucciones que había captado en la computer, según el informe filtrado por los conspiradores.

La decisión de huir fue rápida y dolorosa; no tuvimos mucho tiempo para deliberar y hubo que dejar todas las cosas que queríamos. Cuando lo hicimos, esperamos que los últimos resplandores del atardecer ampararan nuestra salida. Las calles estaban prácticamente desiertas; de vez en cuando veíamos algún móvil que volaba rasante entre los edificios centrales. Después, para evitar los puestos de vigilancia, bajamos a los subterráneos de la avenida Nueve de Julio y allí los deadhs nos indicaron cómo llegar al desagüe del

Maldonado. A partir de ahí nos llevó la mitad de la noche llegar al Río. Una vez allí empezamos a unir los terrones de polietileno con el pegamento, y antes de que cayera el día, la embarcación estuvo armada.

Cuando Zulfa, conmovida, me dijo que íbamos a tener un hijo presentí que me esperaba un futuro atribulado. Sin embargo, determiné aceptarlo. Ella no había sido designada para concebir. El grado de su coeficiente era demasiado elevado y las autoridades de la corporación la habían excluido del régimen de gestación para que se dedicase exclusivamente a la generación de sistemas para la programación del control demográfico.

Conocí a Zulfa en el edificio de relaciones exteriores. Ambos estábamos en una larga y silenciosa fila de personas que, como nosotros, querían inscribirse en el plan voyager para la colonización de Marte. La idea de abandonar la Tierra - especialmente Buenos Aires- me venía dando vueltas en la

cabeza hacía tiempo. Habían sido varios los motivos que me habían impulsado a pensar seriamente en irme. Los conspiradores filtraban periódicamente informaciones sobre los excesos cometidos por el PanoptiCón y mi intranquilidad iba creciendo junto con mis fantasías interplanetarias. Además, la aplicación de la Ley de Ostracismos como represalia hacia algunas expresiones de disconformidad, como las marchas circulares, permitió la expulsión al suburbano(fuera de la ventosa)de personas que para mí habían sido perfectamente normales. Me enteré mucho después y por mí cuenta que entre ellas estaba mi padre, razón por la cual comprendí por qué la corporación me transfirió de las tareas ejecutivas a las de mantenimiento sin que mediara ninguna explicación. Si bien no conocía muchos pormenores sobre las actividades de mi padre, las pocas veces que nos reunimos me dio la impresión de ser un hombre sensato y amable. El hecho es que en aquel momento estaba parado detrás de Zulfa pensando quizá en

estas mismas cosas y sin darme cuenta me encontré con su mirada y una de sus sonrisas: la primera. Le correspondí con un gesto complaciente con el que traté de disimular mi desconcierto; íntimamente no entendí su actitud, pero no me disgustó. En realidad, Zulfa me atrajo desde el primer momento y jamás me exigí una explicación al respecto. Naturalmente, con el tiempo, me fui dando cuenta que en aquella fila de personas calladas e inexpresivas, aquella sonrisa había sido como una ofrenda que confirmó mis deseos de volver a empezar.

Confieso que al principio tomé esta relación con total normalidad. Estaba obligado a hacerlo. Desde que yo tengo uso de razón la costumbre ha hecho habitual que las relaciones de pareja se desafecten al mes; a más tardar al mes y medio. Sin embargo, después de cada encuentro algo acrecentaba mis deseos de un encuentro más hasta que me di cuenta que aquello se estaba convirtiendo en una necesidad.

Esto empezó a preocuparme hasta tal punto que una madrugada cuando volvíamos de la rutina para pasar el día en mi apartamento le pedí que pensáramos en una próxima separación. *¿Por qué?*, me preguntó inesperadamente y tan sólo atiné a contestarle: *Porque es la costumbre, por esa.* Me sonrió y sentí como que mi justificación se ablandaba. *La costumbre*, me dijo, *es una manera de hacer que las personas se vuelvan invisibles. Yo te veo y cada vez que lo hago descubro algo nuevo en mí. Lo que nos pasa va más allá de la costumbre, ¿por qué? ¿vos sabés por qué?* No supe qué contestarle; era lo mismo que yo había notado y no tenía respuesta.

Tan sólo nos sentíamos bien en cada charla o en cada copulación; también nos gustaba (aún nos gusta) compartir el silencio. Eramos capaces de permanecer todo un día callados, mirándonos de vez en cuando, tocándonos de tanto en tanto. Así fue como nos fuimos conociendo,

descubriendo y sorpreiéndonos de ser tan distintos e indispensables.

Un día, mientras estábamos acostados, sorprendí a Zulfa con los ojos cerrados. Fue cuando descubrí que podía soñar. Sin embargo, no me atreví a interrogarla. Ella me lo confesó por propia voluntad. Siempre tenía el mismo sueño: su cuerpo se deslizaba por un río inmenso y cuando lograba divisar una isla en la que había un árbol, una acacia, se despertaba. *¿Qué es una acacia?* le pregunté. *Es un árbol natural que tiene ese nombre y no sé por qué*, expresó para luego encogerse de hombros y agregar: *así son los sueños*. Después, una vez más, me permitió disfrutar de su sonrisa.

Cuando nuestra relación cumplió el mes y medio decidimos simular la separación. Lo hicimos para evitar las suspicacias de los superiores de la corporación, siempre tan atentos a

cualquier alteración de la normalidad. Porque así nos sentíamos Zulfa y yo: anormales.

A los seis meses ella me confesó su embarazo. No se había producido por un descuido; Zulfa lo había provocado ex-profeso y estaba decidida a asumirlo sola. Recuerdo que en medio de toda la conmoción que aquello me había producido, se me ocurrió preguntarle por qué. Esa vez Zulfa no sonrió: *pensé que si algo llegara a sucedernos, si desapareciéramos, no quedaría nada nuestro y me pareció injusto. Por esa* Creo que fue el escalofrío que sentí en ese momento el que me remitió a la imagen de mi padre, a recordar cuando era un niño, a pensar en el niño que iba a nacer.

Sabía que ver a mi padre era arriesgado pero no tenía a nadie mejor que él para obtener un consejo que me permitiera resolver prácticamente este problema. Conseguí un permiso para ir al suburbano con el pretexto de reparar un centro

retransmisor que estaba fuera de la ventosa. Para eso tuve que demostrar que mandaba señales deficientes; en realidad lo que hice fue sabotaje y hoy me doy cuenta que no sentí ni siento el menor arrepentimiento.

Cuando con mi móvil iba dejando atrás la ciudad empecé a debatirme contra mis miedos. A medida que avanzaba iba ganándoles, hasta que pude convertirlos en una mezcla de tensión y entereza. Esto me llevó (después de subsanar el desperfecto) a la zona donde me habían informado que estaba mi padre. El terreno era fangoso; formaban una topografía elevada que había podido ganarle a la inundación. Allí se habían asentado cientos de expulsados que vivían en burbujas provisionarias, las mismas que usa el ejército, y que se deslizaban de un lado a otro como sombras en medio de aquella noche sin luces, que me obligó a usar los anteojos lumínicos para orientarme sin llevarme por delante a nadie. Estacioné mi móvil al borde de un muladar de desperdicios cobálticos que se extendía hasta la más profunda oscuridad y

descendí. Mis botas se pegaron al fango como sopapas y empecé a caminar con dificultad, lentamente. La actividad de los pobladores la percibí desganada, pero cuando llegué a confundirme con ellos pude sentir una energía extraña, hecha de murmullos ininteligibles que surgían desde sus bocas cerradas como rezongos interminables, molestos, que empezaron a provocarme cierto horror. Me habían recomendado que para sacarme de encima aquella sensación pensara con obstinación en mi padre. Lo hice y continué mi camino. Sin embargo, me resultó difícil sustraerme al magnetismo de aquella fuerza que empezó a envolverme y terminó por arrastrarme al borde de un abismo negro, no sé si imaginario, en el que ya empezaba a caerme, cuando una mano se aferró a mi muñeca y de repente me vi frente a un resplandor que se diluyó de inmediato. Entonces me di cuenta que estaba dentro de una burbuja, sentado en un silla enfrentado a la mirada pasiva de mi padre.

Lo reconocí a pesar de que su cara estaba más rugosa, cubierta por una barba sucia y rebelde, y que su postura encorvada distaba de aquella tan altiva. Fueron sus ojos los que me permitieron confirmar el reencuentro, ya que no pude recuperar su voz a lo largo de los diez minutos que duró nuestra entrevista. Al igual que los demás expulsados su boca se mantenía sellada por el silencio y, aunque intenté explicarle el motivo de mi presencia dos o tres veces de distintas maneras, terminé por comprender que en aquel lugar las palabras eran inútiles. Cuando me levanté con la intención de irme, su mano me tomó la muñeca. Fue cuando aprecié su textura; había sido la misma que me rescató de aquel abismo negro, no sé si imaginario. Nuestras miradas se cruzaron y me pareció que sus ojos me hablaban; me transmitieron algo que aún siento y que no puedo explicar con palabras. Puso en mi mano un disk de computer para luego agachar la cabeza y quedarse así. Esa fue la última imagen que me quedó de él.

A la noche siguiente me presenté a mi rutina como todas las noches. Sabía que en la séptima sección había una computer adecuada con la que podía descodificar el disk que me había dado mi padre. El personal de la sección era escaso y tomó mi presencia con una actitud indiferente, la misma que siempre provocaba cualquier tarea de mantenimiento. Apenas comencé a operar descubrí que se trataba de un sistema de acceso directo a los conspiradores. Sentí una ráfaga tensa que me recorrió mi columna vertebral. Retiré la vista del monitor y noté que los demás continuaban absortos en sus cosas. De cualquier manera, no me alcanzó para sentir un alivio. Continué operando porque no me quedaba otra salida y empecé a transmitir los pormenores de mi problema. Una vez que terminé tuve que esperar unos instantes que me parecieron horas. Me contestaron que el caso era irreversible y me aconsejaron huir al exilio. Comprendí que aquello también era lo que pensaba mi padre y lo acepté sin poder dominar la angustia que me flotaba en la garganta.

Después registré todas las instrucciones y cuando me incorporé para irme observé que por detrás de la mampara de cristal que da al pasillo, se acercaba uno de mis supervisores y un desconocido que lo acompañaba. Me estaban buscando. En ese momento dudé del pretexto que tenía para justificar mi presencia en ese lugar. Al mismo tiempo se me cruzó por la cabeza que se habían dado cuenta del sabotaje;

pensé que el desconocido era alguien que me había estado vigilando, que sabía de mi relación con Zulfa, del hijo que íbamos a tener. Ambos se pararon frente a mí y el desconocido con una actitud seria (diría amenazante) me informó que había sido aceptado para integrar un contingente para colonizar Marte según el plan voyager...

Como en el sueño de Zulfa, finalmente logramos arribar a la isla que según los otros exiliados fue rebautizada con el raro y antiguo nombre de *Argirópolis*.

Ahora Zulfa acaba de cerrar los ojos. Lo hace muy seguido y me ha dicho que es por su estado. Seguramente su sueño ya debe ser otro y, aunque estoy ansioso por conocerlo, no pienso interrogarla. Prefiero hacer lo de siempre: salir de esta burbuja y treparme a ese árbol natural que está en la orilla y que yo llamo acacia. Es como una manía. Lo hago para ver si cruza por el cielo el transbordador que deberá ir a Marte; el mismo que cambié por una sonrisa y un niño.”

Aquel pobre infeliz contaba su relato como si en aquella clínica, frente a él, hubiera realmente una acacia. Me hizo recordar el bosque misionero que pude ver a tan solo cincuenta metros... Ninfa me confesó después que era la séptima vez que lo escuchaba y que en todas había experimentado el mismo placer. En aquel momento no entendí a que placer se refería, ya que sus ojos estaban mojados por el llanto... Para mí llorar era una expresión de

dolor. Recién ahora puedo entenderlo. Acabo de llegar frente al Río y al ver la lejana isla de la que habló el demente, estoy experimentando el mismo placer.

EL TELEVISOR VACIO

Año 2213, vigésimo séptimo día del undécimo mes, Buenos Aires.

Acabo de mandar a la central la transmisión con las imágenes de este hallazgo macabro. Todo empezó cuando ya había dejado el Río y trataba de sortear una zona fangosa, muy amplia, donde antiguamente estuvo el puerto. Cuando creí que tenía la situación dominada pisé en falso y me hundí. Lo hice con todo el cuerpo y comencé a caer por un pozo profundo de formación natural, producto de la erosión, que desemboca en un sótano de proporciones enormes donde debió funcionar lo que fue una plataforma para estacionar automóviles y otros vehículos antiguos de tracción terrestres. La caída me dejó confuso, creo que perdí el conocimiento por unos instantes. Tuve que apelar a la máscara porque el aire era irrespirable y encendí la lámpara de emergencias para iluminar más allá del alcance que me daban las lentes infrarrojas; aquello era un vacío negro incalificable. Me incorporé como pude y avancé, confieso,

más por el afán de encontrar una salida que por la curiosidad de recorrer el lugar. A medida que avanzaba me iba tropezando con toda clase de obstáculos, la mayoría eran restos de automóviles destrozados y semihundidos por los escombros. Empecé a dar vueltas y llegó un momento en el que perdí la noción del tiempo y del espacio. Quise comunicarme con la central pero mi transmisor no respondía. Entonces me di cuenta de que me había hundido mucho más allá del límite previsto para mi señal. Fue cuando hice un esfuerzo considerable para no perder el autocontrol. Entonces empezó una lucha entre mis instintos. Algo inconciente me decía que jamás iba a poder salir de esa situación y al mismo tiempo era yo mismo el que me imponía la esperanza de encontrar la salida. Finalmente decidí no parar la búsqueda y lo hice hasta que sentí un agotamiento incontrolable.

Debo haberme quedado dormido; no creo que haya sido un desmayo. Desperté y estaba sentado en el piso con la espalda

apoyada contra un columna; era como si me hubiese acomodado voluntariamente. Me puse de pie y no hice más que dar unos pasos cuando lo descubrí. La caja de un televisor del siglo pasado estaba casi intacta colocada sobre una mesa todavía inexplicablemente en pie. Frente a ella había un cadáver del que sólo quedaba el esqueleto apenas cubierto por los jirones de su vestimenta, que estaba sentado en una silla como si estuviese mirando el televisor. Una de sus manos, la izquierda, sostenía entre sus dedos un cuaderno o lo que quedaba de él. Me paralicé por un tiempo que aún no puedo calcular. Avancé. Me paré frente a él. Al principio creí que la muerte lo había sorprendido mientras estaba distraído con la mente metida en quién sabe que espectáculo de televisión. Después, sin dejarme engañar por la forzosa expresividad risueña que surgía de su dentadura expuesta, me detuve a observar su abandonada postura corporal. Entonces sentí que aquel hombre había tenido más resignación que sorpresa. Eso es lo que me pareció: un

hombre decidido a esperar la muerte frente al televisor.

Entonces tomé su cuaderno y comencé a leerlo.

...Lo terrible no fueron las preguntas, sino que no sabía de dónde venían. Pero no hay nada que hacer... Uno es prisionero de su propia conducta. Qué podía esperar de todo esto... Es lamentable que me haya dado cuenta tan tarde; tengo la lucidez del que puede encontrar el centro del laberinto pero también tengo el desgano del que ya no quiere hacerlo... Me he pasado la mayor parte de mi vida tratando de evitar el dolor; pero ha sido inútil. De qué me sirvió hacerme el sordo y el mudo a estos escrúpulos que terminaron por ganar mi voluntad y que no puedo ni quiero ya evitar... Pero lo más horrible sigue siendo la voz con las preguntas, las inevitables preguntas que me metieron dentro de la cabeza y que me fueron dejando esta molesta desconfianza que aún me ponen tenso, porque todavía no sé si son totalmente mías... Preguntas que quisiera sacarme de encima, que no puedo, que me veo obligado a contestar... ¿Realmente quiero salir de todo esto?.. No lo sé. ¿Y cómo empezó? ¿Cuándo?..

Yo era un ingeniero que trabajaba en la corporación de las comunicaciones. Mis superiores me consideraban un elemento de clase óptima y eso me daba una sensación placentera. Disfrutaba de la comodidad de un buen sustento, de una buena alimentación, de la distracción adecuada, de los días sucesivos sin apremios. Me sentía protegido. Cuando volvía a mi apartamento podía mirarme al espejo con el alivio y la satisfacción de haber cumplido una jornada igual a la anterior. Prendía mi televisor y me metía a contemplar las imágenes distractivas hasta que me ganaba el éxtasis del descanso bienhabido. Y cuando pensaba en esas cosas pedía una mujer al servicio que funciona en el edificio donde vivía y así colmaba el sumun de mi tranquilidad; de la cómoda tranquilidad en la que vivía. Yo creía que eso era la felicidad; en realidad no había conocido otra cosa mejor. Cuando reanudaba la tarea lo hacía con la despreocupación que me daba la idea de que nada iba a cambiar; que todo iba a ser así hasta el infinito.

Fue una noche. Me sorprendieron con una notificación. Me decían que me presentara por un cambio de tareas. Me dijeron que yo reunía

las condiciones, que era el indicado, el idóneo; me dieron a entender que se trataba de un ascenso; me halagaron y me gustó. Me comunicaron que debía trasladarme al departamento de detecciones. La función consistía en detectar los mensajes negativos que eran infiltrados en los medios que manejaba la corporación, separarlos, clasificarlos, calificarlos y evitar que se contaminaran con los positivos. Me pareció una tarea mucho más dignificante que la anterior que tan sólo consistía en resaltar los mensajes positivos y reiterarlos hasta que se agotaran. Aunque al principio no me di cuenta, después tomé consciencia de que había podido voluntariamente diferenciar, comparar ésta nueva tarea con la anterior, cosa que me permitió emitir una ponderación, hecho que iba a marcar el inicio de lo que empezó a sucederme después. En aquel momento, yo creí que calificar de “dignificante” mi nueva tarea era un acto de elección; esto quería decir que además de comparar, había podido elegir. El entusiasmo me duró muy poco. En medio de la excitación que ésto me provocaba, empezaron a surgir las primeras

preguntas, preguntas que me golpearon la cabeza, preguntas que fluyeron involuntarias, que aún me parecen ajenas.

¿Si esta tarea es más “dignificante” que la anterior por qué no la pediste antes? Porque la ignoraba. Pero ahora que la conozco, me gusta más que la anterior. ¿Qué hubiera pasado si les hubieses dicho que no la querías? No me preguntaron si no la quería, pero me gusta... Por eso la elegí. ¿Estás seguro que la elegiste? Sí... Bueno, no... Me la ofrecieron... ¿Te la ofrecieron?.. No, no sé, creo... Creo que...No sé.

Terminé entendiendo que yo no había elegido aquella tarea, que no me la habían ofrecido y que ni siquiera necesitaron de mi aceptación para que la hiciera... Lo único que había podido hacer por mi cuenta fue comparar; comparar aunque nadie se había enterado...

No pasó mucho tiempo hasta que recibí el parte de mis superiores donde me expresaban su conformidad por mi rendimiento. No era para menos, en un mes había detectado 334 mensajes desalentadores, 211 quejas solapadas, 67 protestas subliminales y 22 reclamos encubiertos. Para obtener semejante resultado tuve que

extremar mi dedicación prolongando mi horario hasta dejarme sorprender por el día. Como se trataba de una tarea nueva me dediqué a aguzar todos los sentidos más de la cuenta, y llegué a sortear el cansancio porque la obsesión por descubrir la diversidad de los objetivos que se me presentaban me obligaban a mantener los ojos bien abiertos.

Y otra vez, desde alguna zona de mi cabeza, surgieron las preguntas, preguntas incontrolables, intrusas, impertinentes.

¿Por qué tanto esfuerzo? Porque quiero llegar... ¿Llegar adonde? Llegar... Llegar a ser diferente... mejor. ¿Mejor que quién? Mejor... Mejor que todos... ¿Para qué?.. Para ser reconocido, para obtener prestigio, para ascender; para poder comparar y elegir!

El parte que me mandaron terminaba diciendo que "gracias a su eficiencia pudieron realizarse 2145 apercibimientos, 1533 detenciones, 512 despidos de la corporación y 216 ostracismos". En el momento que terminé de leerlo sentí una leve incomodidad; fue tan leve que la olvidé enseguida.

Los meses que siguieron fueron tan brillantes como el primero. Recibí seis constancias de reconocimiento por parte de mis superiores en menos de cinco meses, hasta que una noche antes de empezar con mi tarea me reportaron que uno de los Jerárquicos quería verme. Fui tratando de contener una mezcla de ansiedad, nervios y temor; todo eso que da cuando uno va a ver a alguien que supone como es, el poder que tiene, la energía que irradia, pero que jamás vio en su vida, y que si no fuera por las circunstancias que me llevaban, jamás hubiera visto.

El despacho del Jerárquico era tan grande como el lugar donde yo cumplía con mi tarea junto a diez y ocho personas más. Avancé unos pasos y en el fondo, antecedido por un escritorio con tapa transparente noté la figura en sombras de alguien. Me dijo “quédese donde está, por favor” y me detuve. No pude distinguir su cara porque estaba sumergida en la oscuridad. Aún me acuerdo que su voz era suave y profunda con una manera de hablar pausada, tan pausada que me parecía que las palabras no le iban a salir nunca. “Estamos muy contentos con su trabajo. Siga así, no

cambie. Nosotros sabemos reconocer a quienes contribuyen con la corporación. Nada más, puede irse”
Y me fui. Mientras volvía para ocupar mi puesto, no sabía si me sentía contento, desconcertado o nada; creo que era una mezcla de las tres cosas. Pero en cuanto retomé mi tarea todo eso se diluyó y continúe operando con la misma obsesión de siempre.

Las preguntas no se hicieron esperar. Se conectaron en mi cabeza cuando me trasladaba a mi apartamento. ¿Y después de esto qué? Hay que seguir. ¿Seguir hacia dónde? Tengo que ser uno de ellos. ¿Cómo? Haciéndome imprescindible. Él lo dijo, “nosotros sabemos reconocer a quienes contribuyen con la corporación”. ¿Y si no te lo reconocen? Yo voy a llegar de cualquier manera; cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

Apenas llegué a marcar la combinación para poder entrar en mi apartamento, sentí que algo pesado se apoyaba en mi espalda y me empujaba hacia adentro. Me caí sobre la mesa y desparramé todo lo que había encima. Quise darme vuelta y recibí un golpe en la mejilla que me separó de la mesa y me arrojó al piso. De inmediato, una

patada en el estómago me quebró en dos. Pude ver dos killantes que movían los muebles y revisaban los cajones. Otro killante, seguramente el que me había golpeado, me tomó de los pelos y me arrastró hacia la puerta. “¿Qué pasa?” creo que llegué a decir. Me metieron en un móvil, me vendaron los ojos y me llevaron a un lugar que hasta hoy no sé dónde queda.

Sentí que me tiraban sobre un lugar plano, frío y duro. Por supuesto, seguí con los ojos vendados. Ataron mis muñecas y mis pies con unas correas. Creo que me quedé así durante varias horas. Cuando me quitaron la venda me pusieron una luz de frente que era tan potente que me enceguecía. Era peor que estar vendado; me dolían los ojos. Entonces oí la voz. Sentí un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo. ¿Qué querés decir con eso de “llegar de cualquier manera”?

Era la misma voz que había estado dentro de mi cabeza; la misma que me hacía preguntas.

¿Qué significa “cueste lo que cueste”?

No pude ver quién era porque la luz no me dejaba ver nada de lo que tenía alrededor.

¿Qué querés decir con “caiga quien caiga”?!

Entonces empecé a perder el control y la desesperación me fue ganando desde los pies hasta la garganta. Terminé con un grito largo, interminable, que me desgarró por dentro, que me sumió en un estado de tristeza, vergüenza, llanto y temblor que me duró hasta el desmayo.

Después sucedió algo raro, algo que nunca me había ocurrido antes. De repente, me encontré flotando en el espacio, solo, vestido como lo hacían los astronautas del siglo pasado, con un traje espacial y una escafandra. Estaba rodeado de estrellas. Había una cuerda que me nacía del abdomen y que se prolongaba hacia un lugar que no podía ver por lo lejos que estaba. Entonces me tomé de la cuerda y empecé a sentir que me arrastraban. La sensación era placentera. Finalmente llegué a tierra y dejé de flotar. Sentí que pisaba un suelo firme. Miré y vi que tenía por delante un camino estrecho bordeado de plantas de un color verde intenso como los que vi alguna vez en los programas distractivos de la televisión. Al final del camino había una fosa que estaba rodeada por tres de las mujeres del servicio de

mi edificio con las que había estado alguna vez. Me acerqué con cierta cautela hasta pararme en el borde de la fosa. Miré hacia abajo y horrorizado descubrí que mi propio cadáver estaba acostado en el fondo, pálido y con los ojos cerrados. Levanté la vista y las tres mujeres se habían convertido en tres sombras, como las del Jerárquico, que me decían “de cualquier manera, cueste lo que cueste, caiga quien caiga” al unísono, con la voz del que me preguntaba. Algo interior me llevó a correr. Corrí, corrí, corrí hasta que levanté vuelo y de manera incomprensible, de un momento a otro, me encontré de nuevo en el espacio, flotando, tomado a la cuerda, rodeado por las estrellas.

Cuando me desperté estaba acostado sobre mi cama.

Me puse de pie sobresaltado. Lo que más me impresionó fue encontrar que todo el apartamento estaba en orden. Las cosas que habían roto estaban sanas y en el lugar donde habitualmente las dejaba. Me enfrenté al espejo y mi cara no tenía ni una sola huella de los golpes que me habían propiciado. No me pude sustraer a la angustia y me dejé ganar por un decaimiento que me impidió salir,

que me dejó postrado sin fuerzas, que me impidió ir a cumplir con mi tarea. Sentí que había dejado de ser imprescindible.

La corporación me mandó un doctor al que le conté todo lo que me había pasado. Me escuchó con mucha atención y además grabó todo mi relato. Después me aplicó un reconstituyente de interferón, me recomendó que me tomara toda la noche y que me reincorporara la noche siguiente. Antes de irse, me dijo que no iba a tener más remedio que reportar el sueño. “¿Qué sueño?” le pregunté desorientado; realmente no entendía. “Todo eso del astronauta y la cuerda es un sueño...” Entonces lo miré a lo ojos y le dije con toda la sinceridad que pude juntar que eso era verdad, que me había pasado y que no tenía ni idea de lo que era un sueño. No me contestó y se fue dejándome un gesto neutro que más se parecía a una desconfianza solapada que a una credulidad contenida.

Volví a reanudar mi tarea. Ya no lo hice con la misma disposición que había tenido anteriormente. Por la falta de atención se me pasaban algunas cosas y llegué a recibir un par de partes con muy poco tiempo entre uno y otro. El primero contenía la eufemística

recomendación de aguzar más los sentidos en la tarea; el segundo me advertía con un ultimátum que no iba a haber “próxima vez”.

No sé si tal vez fue el desencanto o el desinterés o vaya a saber uno qué, me animé a reclamar una contestación sobre los hechos que le relaté al doctor que me había mandado la corporación. A mi quinto reclamo me contestaron que “habiendo tratado de verificar lo que usted dice que le sucedió, llegamos a la conclusión de que no nos consta ninguno de los hechos que usted nos manifiesta. Por lo tanto, desvirtuamos su reclamo por improcedente.”

Muchas veces traté de reflexionar sobre lo que me había sucedido durante aquel día nefasto cuando me sacaron de mi apartamento por la fuerza. Sin embargo, el incontenible terror por volver a escuchar aquella voz que hacía preguntas dentro de mi cabeza me lo impedía. Eso se convirtió en un suplicio porque el esfuerzo que debía hacer para evitar las preguntas, toda clase de preguntas, me llevaban a un estado tal que parecía que el cerebro me iba a explotar en cualquier momento.

Creo que pasó un mes o un poco más, y recibí una notificación de despido y un desalojo del apartamento. Fue irónico descubrir en ese momento que aquel lugar que había considerado mío, nunca lo había sido; en realidad todo lo que tenía le pertenecía a la corporación.

Empecé a deambular por las calles durante las noches y a resguardarme en los subterráneos de la 9 de julio hasta esperar que pasara el día. No hacía más que pensar tratando de evitar las preguntas. Imaginé que en cualquier momento me iba a cruzar con alguno de esos pobres infelices a los que había detectado con mensajes negativos. Al principio lo veía frente a mí, mirándome con sorna, gritando, insultando, golpeándome. Después, al recordar que habían sido muchos, sentía que era una multitud la que me pegaba. El dolor, el remordimiento y la vergüenza me llevaron renegar de todo lo que había tenido, del buen sustento, de la buena alimentación, del futuro sin apremios. Me arrepentí de haberle servido a esa corporación de mierda. Me di cuenta que el dolor es inevitable, que es mejor conocerlo porque uno aprende a comprenderse y a comprender que hay un mundo que está más allá de su nariz.

Cuando entre la mucha gente que deambulaba por las calles se corrió la voz de que iban a expulsar fuera de la ventosa a todos los que no tuvieran tareas asignadas, decidí meterme definitivamente en los subterráneos y no salir más. Y fue cuando recorría uno de los túneles, el que llega al antiguo Correo Central, que encontré la grieta que me llevó a esta enorme plataforma con automóviles del siglo pasado, abandonados vaya a saber uno por qué. Me pareció que era el lugar ideal para quedarme. Aquí nadie puede alcanzarme. Encontré este televisor y aunque no funciona se me ocurre que mirándolo voy a recuperar algo que me pertenece, que la corporación no pudo sacarme, que la voz de las preguntas no podrá tener nunca. Estoy lográndolo poco a poco. Si me concentro puedo ver al astronauta que se toma de la cuerda aunque todavía no puedo percibir las estrellas.

En el cuaderno, al final del relato, está el dibujo de una estrella de cinco puntas a la manera de los viejos iconos. Gracias a la referencia del túnel que da al antiguo Correo Central pude salir. Antes de irme, tuve la intención de

sepultar el cadáver, pero algo que sentí me llevó a dejarlo como estaba. Fue una tontería, pero se me ocurrió que era mejor que se quedara así, contemplando su sueño.

CIUDAD DE OLVIDOS

Año 2213, primer día del décimo segundo mes, Buenos Aires.

Ya llevo recorrido un perímetro bastante amplio, aunque no es todo lo que habíamos planificado. Debo haber cumplido con un ochenta y dos por ciento del programa. Tengo diez bolsas de materiales recogidos y ciento tres horas de grabación, suficientes para iniciar un estudio que puede llevarnos un lustro aproximadamente. Con todo ésto, estoy seguro, podremos sacar a la luz los hechos. Si con una piedra y una vasija pudimos reconstruir Ur y Sumer, es posible y probable que con todos los desperdicios que llevo podamos hacer lo mismo, o mucho más, con esta ciudad.

Aunque el código de procedimiento me diga que por lo general las apreciaciones no verificadas en los hechos llevan a conclusiones erróneas, hay cosas que me tientan, como por ejemplo el informe que rescaté ayer de lo que parecía ser un sótano de un edificio céntrico. Sin embargo, dejando de lado

mis apreciaciones, para no desvirtuarlo, paso a transcribirlo textual:

“No sabemos con precisión cómo se llegó a ésto. Sin embargo, podemos arriesgar una versión que, por supuesto, no va a coincidir con la oficial. Tanto el Panopticón como el Concejo insisten en considerar este hecho como *controlado*. Sabemos que lo hacen para imponer una calma general que todos consideramos aparente.

Muchos de nosotros ya sabíamos (a pesar del burdo ocultamiento) que fuera de los límites de la ventosa existían contingentes de niños nómades que durante el día para protegerse del sol, deambulaban por las denominadas cavernas (las que se formaron con la unión de los sótanos que subsistieron después de que los grandes edificios fueran arrasados por los galernos y las inundaciones). Y que por las noches hurgaban en los fangales para conseguir con qué alimentarse. Ya hacía mucho tiempo que la distribución de papel alimenticio de 2.500 kilocalorías se venía limitando

tan sólo al área interior de la ventosa, y que los sobrantes que debían repartirse por el suburbano se perdían en oscuras maniobras gubernamentales que llegaron a convertir las violaciones a la Ley en una costumbre.

Habíamos advertido oportunamente que ésto podría derivar en consecuencias fatídicas. Sin embargo, a pesar de que la comprobación fue trágica, nadie parece interesado en evitar la reiteración de los hechos. Las circunstancias actuales nos obligan a mantenernos alertas; ya no nos queda otra instancia que la de recurrir a nuestra imaginación, entender, revisar los hechos; comprender.

Creemos que el niño, seguramente, se asomó por entre los escombros para confirmar que la noche había llegado. Buenos Aires se veía desde lejos como una bola hundida y luminosa. Debió parecerle, como siempre, una promesa inalcanzable.

Entonces el hambre despertó nuevamente su instinto de búsqueda, se aguzó su vista frente a una oscuridad insondable mientras que con el olfato empezó a seleccionar entre olores rancios. En las cavernas ya se habían agotado las cucarachas. Tan sólo le quedaba las escasas raíces de los fangales. Sus dedos acostumbraban a hundirse una y otra vez en el barro amarillento hasta que encontraban la punta de un pequeño brote enmarañado. Entonces lo arrancaba y se lo llevaba a la boca sin concesiones. Así lo había hecho durante todas las noches incalculadas, insaciables, de largos rastreos y escasos hallazgos.

Pero aquella noche sus dedos escarbaron en vano. Y en algún momento lo invadió una reacción bestial. Se tragó un bocado de barro que hartó su faringe. Vomitó. Después de la última arcada el asco y la desazón se elevaron en un remolino de ira. Gritó hasta el ahogo. Fue cuando los demás niños le prestaron atención y sumaron sus gritos y crearon un

coro desgarrador que se extendió como una onda dolorosa por todo el suburbano.

Los que estábamos dentro de la ventosa no lo escuchamos. Todos los niños deben haber coincidido en una irracionalidad que se multiplicó hasta el infinito. Se convirtieron en una horda. Bastó que uno de ellos se echara a correr hacia Buenos Aires para que los demás lo siguieran ciegamente. Más tarde ya nadie seguía a nadie; todos querían ir hacia allá. Es probable que ninguno de ellos se haya dado cuenta que sumaban miles y miles; nunca sabremos exactamente cuántos. Cuando llegaron, el impulso desesperado que traían dejó a los primeros aplastados (literalmente reventados) contra la cóncava pared de la ventosa. Eso produjo el ruido estruendoso que alteró a la comisiones de vigilancia, las que a pesar de su reacción inmediata se vieron rebalsadas por esta especie de marea púrpura que empezó a filtrarse incontenible por todos los accesos. De repente la ciudad se sintió contaminada por una

gregería ensordecedora. El disgusto y la indignación de los habitantes de Buenos Aires se alteraron precipitadamente. El asombro fue de inmediato superado por el horror. Los niños continuaron con una demencial devastación. La mayoría de los centros de abastecimientos fueron saqueados, cientos de móviles destrozados, la mitad de la flora artificial arrancada, millares de apartamentos avasallados, el veinticinco por ciento de la tecnología cibernética y robótica inutilizada, cinco mil heridos, ciento cincuenta muertos y diez y ocho personas devoradas.

La mayor parte de los niños fue aniquilada por las formaciones de seguridad que suplantaron a las comisiones de vigilancia.

Nosotros fuimos testigos de que éstos no escatimaron en emplear rayos y armas de cuatro caños. Por esa razón estamos en condiciones de desvirtuar la versión oficial que da como *enfrentamiento* lo que en realidad fue una ejecución masiva.

La pregunta *¿de dónde salieron estos niños?* se generalizó por toda la ciudad. Resultaba perentorio contestarla porque una minoría de ellos había sobrevivido y su destino era incierto. Las autoridades -especialmente los miembros del Panopti^on- querían aplicar la pena de extinción que es el máximo castigo que prevé la Ley contra los homicidas. Para la mayoría de los ciudadanos la medida resultaba exagerada; a pesar de los daños causados se trataba de niños. Esto produjo una reacción opositora que desembocó en las primeras marchas circulares realizadas dentro de la ventosa. De una manera u otra comprendíamos que muchos de los niños, paradójicamente provenían de la rigidez con que se habían aplicado los programas de control demográfico. Sus consecuencia, con el paso del tiempo, habían convertido las relaciones entre los hombres y mujeres en normalmente efímeras, y todo lo que transgredió esta normalidad fue implacablemente discriminado. Esto determinó el exilio de los que se decidieron por una relación de pareja procreativa

y estable y que terminaron más allá del suburbano fuera de las estadísticas oficiales*.

Entendíamos que otro considerable porcentaje de los niños había sido el producto de la arbitraria aplicación de la Ley de Ostracismos que superpobló los desbastados alrededores de la ventosa con seres abandonados a su suerte.

El hecho es que el Panopticon evitó el enfrentamiento, tomó en cuenta nuestra oposición y se abrió al debate. Sin embargo, limitó la discusión a temas inherentes al destino de los niños y esquivó con astucia todo lo que cuestionara la aplicación de leyes y normas; prometió tratar el asunto dentro de un impreciso y dilatado *futuro próximo*.

Mientras tanto los pequeños nómades habían sido alojados en un restringido sector de los subterráneos del sur, en Constitución. Eran dos mil trescientos cincuenta criaturas en estado incivil. El ochenta por ciento no sabía hablar y el otro veinte apenas se hacía entender con infinitivos: *comer*,

* El demente me contó su relato casi cien años después de estos sucesos, lo que me

buscar, soñar... Fue así como nos enteramos que ellos tenían una capacidad que nosotros habíamos perdido promediando el primer siglo del segundo milenio. Efectivamente, aquellos niños podía producir sueños naturalmente. Pudimos observar que durante el día dormían (con los ojos cerrados y en blanco como todos) y a la vez gesticulaban o sonreían como si percibieran imágenes y sonidos dentro de sus mentes. Tan sólo por la aceptación de ésto, aquellos niños merecían que realizáramos todos los esfuerzos posibles para que se adaptaran a nuestro medio. Entonces nos abocamos a elaborar un plan acorde para re-educarlos, con lo que logramos la convocatoria de la mayoría de los habitantes y particularmente la adhesión voluntaria de tres mil quinientas parejas dispuestas a adoptarlos. Las autoridades opusieron una sistemática y pertinaz resistencia a nuestras iniciativas. Rechazaron una y otra vez las peticiones que presentábamos, con argumentos ambiguos. Entre otras cosas, le negaban a

los niños la facultad de soñar porque consideraban que sus sueños eran *incomprobables*. Si bien el razonamiento parecía válido no dejaba de ser una argucia. Nadie podía meterse en la cabeza de los niños, extraerles los sueños y mostrarlos. Sin embargo, sí pedíamos enseñarles a convivir, hecho que nos conduciría, con el tiempo, a escuchar los inapreciables relatos de sus sueños. Se trataba de una consideración paradójica que iba en contra de cualquier principio de vanidad: parecería ser que de aquellos pequeños salvajes teníamos algo que aprender.

Terminamos por exigir un plebiscito en el que se aceptara o rechazara el plan de re-educación. Esto coincidió con los reclamos de las corporaciones, que cuando notaron que la excesiva atención en este asunto provocaba una disminución en la productividad, presionaron al gobierno para que le diera al caso una solución rápida y definitiva.

La noche que ganamos el plebiscito, una conmovedora sensación de libertad nos contagió a todos. Las calles de Buenos Aires se llenaron de gente distendida y alegre que después, sin premeditarlo, decidió encaminarse a los subterráneos del sur. Así fue como una multitud proveniente de todos los puntos de la ciudad se concentró sobre lo que fue la antigua plaza Constitución. Inquietos, tensos, expectantes esperaron durante horas la salida de los niños y su traslado a un lugar más confortable. Lo hicieron inútilmente. Un funcionario de bajo rango enviado por el Panopticón anunció por los parlantes generales que los niños habían desaparecido en circunstancias confusas. Por supuesto, prometió que el hecho sería investigado hasta las últimas consecuencias.

Aquella muchedumbre automáticamente congeló su entusiasmo. Se ensimismó y comenzó a desconcentrarse con lentitud. Optó por una actitud civilizada.

La misma noche nosotros comprobamos la desaparición de los niños cuando pudimos superar los escollos reglamentarios que nos oponían las comisiones de vigilancia y llegamos al lugar donde habían sido alojados. Lo recorrimos y no pudimos detectar un solo vestigio de violencia; todo había quedado intacto, como si nunca nadie lo hubiera habitado.

Más tarde la investigación del gobierno arrojó la siguiente conclusión: *El propio estado de inadaptación de los niños los incitó a huir...*

Intimamente nosotros creíamos que habían sido aniquilados, pero no obtuvimos ninguna prueba.

Pudimos verificar que la mayoría pensó que los niños se habían ido en sus propios sueños.

Inevitablemente, con el tiempo, todo este asunto cayó en el olvido.

Hace tres noches, un ciudadano que frecuenta los límites de la zona sur, denunció que miles de niños se estaban comiendo la ventosa con una voracidad inimaginable...”

El informe termina aquí. Confirma que las penurias sufridas por la gente de esta ciudad no pasaron solamente por las inclemencias que ocasionaron galernos e inundaciones.

UNA MOSCA EN EL VENTILADOR

Año 2213, vigésimo sexto día del décimo segundo mes, Buenos Aires.

Me ha pasado la cosa más extraña desde que pisé este cúmulo de escombros, fango y humedad. Preocupado por la tardanza del bus que debe recogerme para mi regreso, y por la falta de comunicación que todavía no tengo con la central, empecé a encaminarme hacia una zona con menos interferencia y así llegué a la frontera que esta ciudad tenía con el suburbano. Comprobé que aún quedan vestigios de la ventosa. Descubrí una pared transparente de dos metros de alto por unos cinco de ancho aproximadamente, astillada, carcomida, pero en pie. Allí estaba él. Al principio creí que se trataba de una figura virtual, pero a medida que me fui aproximando no tuve más remedio que aceptar que se trataba de un ser de apariencia humana. Tenía barba blanca y ojos marrones, vestía una indumentaria de diseño antiguo; lo cubría una especie de campera y llevaba puestos unos pantalones de tela gruesa, todo como si fuese un disfraz de

un hombre del siglo pasado. *Feliz Navidad*, me dijo y empezó a reírse para luego largar un llanto muy contenido: *No se asuste, es la felicidad de encontrar a alguien que me pone así*. En ese momento recordé que la última Navidad la había festejado con el Maestro, antes de que abandonáramos el laboratorio Aleph. Después, con los años, fue una festividad que dejé de lado, o porque me encontraba ocupado en alguna investigación, o porque me sorprendía solo, como siempre, en algún lugar de este planeta.

La cosa es que el hombre me dijo que era un viajero del tiempo y mientras comíamos (él prefirió decir que “festejábamos”) me contó la siguiente historia: “Corría el año mil novecientos cincuenta y mis fantasías rondaban sobre dos obsesiones. En una me proponía saltar por encima de mi sombra y en la otra -que me poseía durante las noches de tormenta- sentía el extraño deseo de perseguir el viento y meterme dentro de un remolino. Esta última obsesión era la que más temor me provocaba, pero a la vez era la que más

me atraía. Es que saltar por encima de mi sombra empezó por resultarme una tarea insuperable y terminó por agotar mi empeinado entusiasmo. En cambio la otra siempre fue imaginada al amparo de la oscuridad, desde la ventana de mi cuarto donde observaba el correr caprichoso de los remolinos que arrastraban las hojas de los árboles y se perdían vaya a saber por cual misterioso itinerario.

Yo creía que el viento venía del pasado y que en el centro de cada remolino había un agujero por donde se iba al futuro.

Entonces encontraba lógico deducir que si perseguía el viento y me metía dentro de un remolino casi seguro llegaría al lugar donde, ciertamente, quedarían plasmadas mis otras fantasías que había sido alimentadas por una ansiosa e innata necesidad de ganarle al tiempo.

En aquel entonces no pude comprobar aquella deducción porque mi madre no me dejaba de noche y menos durante la tormenta, y porque yo no me animaba a desobedecerla; en realidad le tenía miedo a los relámpagos.

Cuando la señora Malena entró por primera vez en mi casa no imaginé ni remotamente que su presencia iba a influir en mis obsesiones posteriores. Era una mujer amable de mirada profunda y voz tranquila que se ocupaba de tirarle las cartas a mi madre por lo menos una vez por semana. No le presté atención hasta que me enteré por boca de mi madre que se trataba de una pitonisa (aunque mi padre la llamaba *bruja*). Fue cuando corrí hasta mi cuarto y busqué en el diccionario aquella palabra que me sonaba tan atractiva como antigua y cuyo significado me llevó a pensar que esa señora era alguien con la facultad de viajar mentalmente hacia el futuro, como los remolinos de viento.

Desde aquel momento me dejé llevar por la fascinación que me producían sus visitas. Comencé a escuchar a escondidas por detrás de la puerta del comedor las predicciones que le demandaba mi madre y así pude percibir aquel clima de sugestión que se desprendía de cada una de sus palabras. Más

allá del vaticinio de un casamiento o la prevención de una enfermedad o la certeza de un buen momento, aquella mujer me dejaba entrever antes, durante o después de sus presagios que podía manejar el tiempo a su antojo por el solo hecho de concentrar su mente en algo tan intrascendente como un naipe. Ella, a su manera, era la dueña de algo así como una máquina del tiempo que ocultaba de sí misma y que me resultaba menos aparatosa y complicada que la de H.G.Wells.

A ésto le siguió un prolongado período de lucubraciones en el cual me empeiné para lograr, en vano, algo que me permitiera trasladarme en el tiempo. Así fue como llegué a aquella tarde de verano -creo que era un domingo- en la que al prender el ventilador vi como una mosca se posaba sobre el vidrio de la ventana. La pobre estaba inútilmente empeñada en salir al exterior. Frotaba sus patitas sobre la superficie transparente, se desprendía en un vuelo corto y se volvía a posar. Repetía una y otra vez la rutina

incansablemente. Su empecinamiento me recordó el mío. Pensé que a pesar de su apariencia intrascendente tenía la capacidad de querer estar viva. No sé por qué me detuve justo cuando iba a abrir la ventana para dejarla salir. *Es tan intrascendente como un naipe*, pensé. Fue como una luz; como un relámpago que me estremeció y no me dio miedo.

Se me había ocurrido concentrarme en esa criatura como Malena lo hacía en sus cartas y mientras la mosca seguía inventando pequeñas cabriolas con las que embestía el vidrio, yo continué avanzando con mis pensamientos hacia lo que parecía inevitable: *Debo concentrarme en ella y llevarla al centro de un remolino*. Una sutil decepción me permitió notar que aquella era una tarde sin viento y creo que fue el aire que me lanzó el ventilador en uno de sus giros el que me iluminó como para decidir que ese aparato era un remolino, aunque artificial, al fin y al cabo un remolino.

Lancé abierta mi mano hacia la superficie del vidrio y di un manotazo. Me bastó uno solo para cazarla. La contuve entre

el pulgar y el índice y la puse frente a mí. Observé sus alas presionadas, sus patas movedizas y lo que supuse serían sus ojos. Cerré los míos para invocar mi deseo con toda el alma y me dejé arrastrar hacia una profunda sensación de oscuridad que duró hasta que lo consideré insoportable. Cuando los abrí noté que mi visión estaba fragmentada; sentí la sensación de tener muchos ojos que me permitían completar la totalidad del cuarto como si se tratara de un puzzle extendido y armado. Con asombro me di cuenta que estaba suspendido en el aire. Volaba. Decidí aceptar lo que me ocurría y sin pensarlo mucho, al sentir detrás de mí la ráfaga de aire que venía del ventilador, giré y apunté hacia el centro de sus aletas y me lancé con todas mis fuerzas...

Recuerdo que después me encontré frente a un espejo. Había dejado de ser un niño; tenía sombra de barba y había crecido treinta centímetros. Por el espejo, a mi espalda, se reflejaba un jardín con un árbol frondoso cubierto de hojas verde limón. Me volví hacia él. Creí que todo era un sueño.

Entonces me pellizqué y, sin que nada mediara, me encontré frente a un militar con ropa de fajina que llevaba puesto un casco que no me permitía verle los ojos. Me pidió documentos. Me empecé a sentir angustiado. Comencé a buscar en mis bolsillos. Cuando estaba seguro de que no los iba a encontrar, apareció una cédula en el lugar menos pensado. Se la extendí, pero el uniformado se dio vuelta indiferente dejándome así con la sensación de sentirme un estúpido, para luego tomar con violencia de los pelos a un muchacho de barba que estaba más allá y meterlo de un empujón dentro de un automóvil verde marca Falcon. Cuando el coche se alejaba, el ulular de la sirena me sacudió hasta que se veló mi visión. Enceguecido avancé a tientas por lo que parecía un pasillo estrecho. Empecé a oír una serie de palabras susurradas por distintas voces roncadas, resonantes y molestas: *crisis, inflación, estabilidad, dólar, salarios, corrupción, precios...* Me tapé los oídos. Fue cuando volví a ver. Delante de mí estaba un hombre desnudo

acostado sobre una húmeda mesada de mármol que gritaba desesperadamente sin que pudiera escucharlo a pesar de haberme destapado los oídos. No pude más y le retiré la mirada. Me volví y me sentí dentro de una sala de audiencias presenciando la sentencia que le estaban dictando a un marino, un gendarme y un aviador. Mientras uno de los jueces manifestaba con solemne sonoridad el veredicto de *culpables*, el que estaba a su lado lo escribía en un acta mientras el otro lo borraba con el codo. Entonces cerré los ojos. Ya no tenía ganas de seguir viajando hacia el futuro; era como deslizarse por una pesadilla. Tomé la decisión de volver a mi cuarto y me concentré y otra vez me dejé arrastrar por la oscuridad. Sin embargo, no pude recobrar la vista cuando decidí hacerlo. Tardé mucho más de lo que deseaba y cuando lo hice estaba frotando las patitas en el vidrio interno de la ventana, notando con mi visión fragmentada que el cielo amenazaba con una tormenta. De repente alguien la abrió y no tuve más remedio que salir.

Volé un trecho y cuando giré me di cuenta que el que cerraba la ventana era un niño muy parecido a mí.

Después se desató un temporal y el viento naturalmente me condujo hasta un remolino.

De ahí en más recorrí otras visiones. Una noche me desperté y me di cuenta que había perdido la capacidad de soñar. Desde entonces siempre fue de noche. Sin quererlo me hice uno de los miles de trabajadores que construyeron la ventosa que protegía a esta ciudad. Cuando terminamos, me dejaron sin trabajo y me obligaron a depender de los juegos de azar. Como no podía salir de perdedor, empecé a sentir hambre y soledad. Había otros que sentían lo mismo. Entonces me hice conspirador; no tuve más remedio que vivir de los sueños que robaba. Fue cuando me enamoré de una mujer que me dio un hijo. La felicidad no duró porque como me perseguían tuve que abandonarlos. Volví a cerrar los ojos. Otra vez sentí el deseo de volver a mi cuarto, a la ventana, a la mosca, pero algo me dijo que ya era tarde.

Hoy aparecí en este lugar y soy un hombre mayor de barba y cabellos canosos.

Siento que las cosas han pasado tan vertiginosamente que apenas puedo recapacitarlas. La única conclusión posible que puedo sacar de toda esta experiencia es que viajar hacia el futuro sin parar me ha dejado más olvidos que recuerdos. Creo que debería detenerme un poco. Pero no puedo hacerlo acá. En unos meses vendrán las inundaciones y este lugar volverá a ser inhabitable.”

Cuando acabó su relato tenía los ojos cansados, me pareció que transmitían cierta incertidumbre. Ya habíamos terminado de comer. Me pidió quedarse. Le dije que sí; no veía ningún inconveniente, en el refugio que había armado cabíamos los dos. Nos quedamos en silencio, no sé cuanto tiempo. Estaba inmóvil como si hubiera entrado en trance. Empezó a hablar, deliraba, no sé. Decía que tenía que

encontrar una mosca y cazarla de un solo manotazo. *Debo concentrarme en ella, quizá llegue al lugar donde los niños pueden saltar por encima de su sombra...*

Cuando me desperté ya no estaba. No sé si se fue a otro lugar y a otro tiempo, o simplemente me abandonó y anda vagando por ahí. El asunto es que me dejó esta sensación de querer negar todo, cosa que contengo porque no me atrevo a pensar que no estuvo conmigo; todo lo que me contó es tan real, pero es la manera en que me dijo como le sucedieron las cosas lo que me resulta improbable. Viajar en el tiempo es una experiencia apenas desarrollada y podríamos decir que todavía no está resuelta; se ha avanzado algo en la teleportación por laser

y se ha combinando la velocidad de la luz con una fuerza centrífuga, pero esto no tiene nada que ver con ese sistema mágico que él dijo haber experimentado.

Creo que todo esto me ha puesto ansioso. Es que asocié su viaje con mi viaje de regreso. Por eso creo que el motivo de

mi ansiedad se encuentra seguramente en la espera del bus que tiene que venir a buscarme, que no sé por qué se ha prolongando más allá de lo previsto, y en esta interferencia que me dejó incomunicado...

CONCLUSIONES

Año 2213, trigésimo primer día del décimo segundo mes, Ciudad Sumergida.

Todavía no puedo sacarme de la cabeza a aquel hombre. Si fue cierto que estuvo conmigo debe haberse ahogado. El bus llegó a buscarme justo cuando estaba avanzando la crecida. Después recorrimos la zona pero no lo vimos. También puede ser que haya encontrado una mosca y, quizá no lo sé, algún día en algún lugar de esta tierra lo vuelva a ver. La cosa es que nadie me creyó. Uno de los médicos que me revisaron interpretó que tuve una alucinación. *Es el síndrome del abandono*, me dijo. No tuve más remedio que disimular mi aprobación; en el fondo me pareció una explicación simplista, estúpida. Seguramente la única que me va a creer es Ninfa. Lo que no me va a querer creer es cuando le diga que Buenos Aires no es lo que ella piensa. Se va desilusionar, la conozco. Ella había idealizado el lugar mucho antes de conocer el relato del demente de la clínica. Desde que nos vimos por primera vez no hace más que citar las alusiones

mitológicas de la ciudad. Cuando era funcionaria de la CDteca Nacional se ocupó de memorizar todos los textos rescatados referentes a Buenos Aires. Ninfa tiene una memoria prodigiosa; reacciona de una manera casi cibernética.

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: La juzgo tan eterna como el agua y el aire. Estoy seguro que me va a repetir estos versos de Borges cuando llegue y se va a parar frente a mí para esperar que le cuente. No tengo ganas de mentirle; no se lo merece. Voy a decirle que Buenos Aires es tan eterna como Ur o Atenas, pero tan inhabitable como ellas. Justamente, el agua y el aire, los galernos y las inundaciones la hicieron una enorme extensión en ruinas.

Estoy dispuesto a revelarle el legado que pude decifrar de los mensajes de las ciento veintitrés botellas que encontré el décimo octavo día del undécimo mes.

Efectivamente, pude comprobar que los últimos pobladores, probablemente sin proponérselo, escribiendo mensajes

distintos, con expresiones diferentes, pero tal vez con arrepentimientos parecidos, terminaron por escribir una sola historia. Con la lucidez de los que saben que van a morir, coincidieron en que no sólo el agua y el aire fueron los causantes del desastre, también se dieron cuenta que fue la ambición desmedida con la que se pretendió justificar la corrupción y el engaño, y sobre todo la negación a la existencia del dolor propio y especialmente del ajeno. Puede ser que la carencia de acetilcolina generada por la falta de carbono haya provocado la eliminación de los sueños, pero también la incentivaron la falta de estímulo a los proyectos y la negación sistemática al inapreciable aprendizaje que da la memoria. Así fue que los ciudadanos dejaron de hablarle a los conciudadanos, los educadores fueron abandonando a sus educandos, los jefes terminaron por maltratar a sus subordinados, los líderes les mintieron a sus seguidores, y los seguidores persiguieron a los que no los seguían. Todos ellos empezaron hablando del dolor que provoca la enfermedad

desatendida, la falta de trabajo, el hambre y el desprecio por el prójimo, pero muy pocos pasaron de las palabras a los hechos para superarlo. Fueron tan pocos que ni se notaron y terminaron por ser olvidados. Con el tiempo, las palabras también perdieron su sentido. De la palabra se pasó a la interpretación, con lo que una palabra quería decir lo que no era, y si no era, no quería decir nada. Las palabras se gastaron, las promesas terminaron por ser actos bajo sospecha y la suspicacia se generalizó hasta implantar el mutismo. Ya nadie se animó a hablar.

Finalmente algo se aprendió. Las palabras empezaron a tener valor por su economía. Cada palabra empezó a ser emitida después de una larga cadena de pensamientos. Se decían nada más que las que eran precisas, justas y únicas. Buenos Aires se convirtió en una ciudad de pocas palabras. Esto sucedió un año después de la invasión de los niños, después, cuando éstos ya se habían comido parte de la ventosa. Desde entonces, paulatinamente, hasta los gobernantes y

funcionarios empezaron a medir sus palabras. Lo hicieron con tanta eficacia que una noche, sin previo aviso, como si fuera algo sin importancia, la ciudad se encontró con la noticia de que el Panopticón se había disuelto por un autodecreto que tenía una sola palabra: *renunciamos*. La gente empezó a salir a la calle, pero como no quería gritar con palabras equivocadas y desgraciadas empezó a pensar de qué manera podía festejar semejante acontecimiento. Pasaron las noches y los días y a nadie se le ocurría nada. Fue cuando alguien, un anónimo de siempre, rememoró el sonido del bandoneón y desde su computer hizo oír los acordes de una milonga. Allí mismo se acordó que los festejos serían bailando. Y la gente empezó y no paró de bailar hasta perder la noción del tiempo. Fueron los galernos y las inundaciones los que detuvieron aquella fiesta que parecía interminable por la dimensión de la felicidad que había proyectado. Algunos prefirieron seguir bailando y desestimaron las advertencias de que la ventosa no resistiría otro desastre

más. Fueron aquellos ciento veintitrés que decidieron quedarse y seguir envueltos en los acordes de aquella música que había dado por perdida y que ahora les alegraba el alma. Y fueron las mismas botellas con que se embriagaron las que les sirvieron como inspiración para escribir aquel último mensaje.

La mayoría logró salvarse y emigrar a otras ciudades, pero nunca pudieron olvidar a Buenos Aires.

La pregunta se me hace inevitable. No sé si Ninfa podrá contestármela; tampoco sé si mi Maestro lo haría. ¿Por qué la felicidad llegó tan tarde?

No sé si todo lo que sucedió pudo haberse evitado, pero el hecho es que no se evitó y esa es la realidad. Lo que sí sé es que uno puede construir a partir de lo que enseña la memoria. Cuando le cuente todo ésto a Ninfa, sé que se va a entristecer. No me gusta verla triste. Se me ocurren cosas que me dan miedo, pero que me evitarían verla así. No son cosas imposibles; difíciles tal vez, pero no imposibles.

Cuando llegue y me pida que le cuente, voy a decirle que me vinieron ganas de refundir Buenos Aires buscando el punto más alto de su topografía, quizá construyendo un dique que contenga las aguas y una nueva ventosa que la proteja de los galernos. Le voy a decir que todo ésto será posible si nos animamos a tener un hijo que ojalá quiera y pueda saltar su propia sombra.

Pude averiguar que Boris Karloff era un actor de films antiguos de terror, un género extinguido, realizados de manera industrial por el imperio norteamericano entre mediados de mil novecientos treinta y fines de mil novecientos cuarenta...

La mayoría de los hombres y mujeres viven como si sus existencias fueran únicas. Asumen el peso del fracaso o se montan en la liviana casualidad de un éxito como algo que les pertenece solamente a cada uno de ellos. Se niegan

a ver más allá de su ignorancia; es como si no quisieran tomar conciencia de que la realidad de un hombre o una mujer es pasajera y que la prolongación humana está en la pertenencia social que se construye con el devenir de todos los fracasos y éxitos de todos los hombres y mujeres que habitan este mundo. Así viene haciéndose la historia. De vez en cuando, aparece alguien que se da cuenta de ésto y nos da el aviso para que tomemos conciencia. Por lo general, lo hace tratando de superar penurias, persecuciones y sacrificios que le ocasionan tanto la incomprensión como la indiferencia. Son aquellos que tratan de anunciar la próxima catástrofe que la mayoría de los hombres y mujeres parecen no querer evitar. Es cuando en todos se presenta una especie de imposibilidad abonada por intereses ajenos que terminan por adormecerles la voluntad y despertales el odio. Después la catástrofe sucede y se instala en nuestras emociones para imponernos una demostración horrorosa; nos hace ver que

la irracionalidad es parte del sistema humano. Como casi siempre, el arrepentimiento llega demasiado tarde. La humanidad sale a reparar las tierras yermas y las aguas contaminadas, quiere recoger la sangre derramada y recomponer la carne rota, pero apenas logra llorar y seguir adelante. Vuelve a empezar. Comienza a recorrer un nuevo camino donde se le va a interponer a cada paso la amenaza del olvido con el fin de poner a prueba su memoria.